



del peligro, venciendo resistencias inconfesables y miserias inveteradas, que explique su conducta y os dirá que para la defensa de la idea que reúne a todos bajo la sombra de la misma bandera, no caben explotadas miserias ni exclusivismos mezquinos, por más que unos representen la fuerza del derecho y los otros el derecho de la fuerza.

¿Por qué se ama tanto la patria y se la rinde la vida en la contienda sin proferir una queja?

Porque en el oleaje humano es lo único que no naufraga,—porque el germen alimentado en el organismo, la célula fecundada en el cerebro, el móvil que impulsa la voluntad y los sucesos que agitan el corazón así lo mandan,—y porque además conjuran a tal fin, la tradición del hogar aprendida cariñosamente desde que empezó a balbucearse la primera palabra,—por los afectos dulces y amargos de la amistad que encierran leyendas no contadas y fantasías lujuriantes, por el recuerdo de las comunes alegrías y dolores despertados y adormecidos de aurora a crepúsculo entre colores originales, vírgenes de andar altivo, alimentos localistas, endechas amorosas, brisas perfumadas, juramentos criollos, pampereadas iracundas, lágrimas de consuelo, toques de oraciones melancólicas y nostalgias infinitas,—por los triunfos y derrotas habidas en lote en las batallas de la vida,—por sus pasiones y sus odios, sus decepciones y sus esperanzas,—por todo lo que significa movimiento y luz, deseo y potencia,—y porque tiene también el privilegio de ser la cuna primera y el lecho último de nuestros mayores que supieron amarla sin precio en sus días de borascas, y admirarla idolátrica en sus noches estrelladas, para legárnosla sin mancha como el mejor blasón y la más pura herencia, como el título mayor y el bien más ambicionado.

Si—por todo esto se quiere a la patria, latente encarnación, vigorosamente llevada desde el primer vajido hasta el último estertor,—afán inextinguible de los que fueron, de los que han llegado después y de los que vendrán mañana!

Señores:

Levantemos nuestro espíritu a la región serena del patriotismo, ya que a ello coadyuva la atmósfera tibia de armonías y concordias que hemos respirado, y pidámosle al Dios grande de las alturas que derrame sus bendiciones sobre la familia americana que circunscribe el Uruguay,—así cumple su destino hermoso con arreglo a su pasado heroico y a su presente ingrato,—ahogando para siempre con férrea mano los bizantinismos corruptores, los ejemplos degradantes y las cobardías cívicas sin nombre, que en maridaje espúreo han impedido el funcionamiento legítimo del régimen de las instituciones prologado por Artigas, alcanzado por los 33 y consagrado por los constituyentes.

He dicho.

## MINUGIAS

Á UNA NADIE—TODO

No sé quién eres y tu nombre aclamo;  
no sé si existes y en tu vida creo;  
no sé do estás y por do quier te veo;  
no sé si me odias: sólo sé que te amo.

SUPERFICIE Y FONDO

El corazón humano,  
lleno de amor y de rencor bravios,  
tiene la linfa de los claros ríos  
y el cenagoso fondo del pantano.

CONSEJO

No hagas caso jamás a los dragones,  
estólidos histriones  
que divierten a costa del amor,  
ni escuches nunca la pasión mentida  
del que pasa su vida  
como gusano que corroe la flor.

IDEAL

Soy el mando—¡Qué me importa! no me halagas.  
Soy el oro—¡Quita allá!  
Soy la dicha—¡Vete al diablo! me empalagas.  
Soy la gloria—¡Ven acá!

LOS CUATRO IMPOSIBLES

Trabajos de Hércules son:  
convencer a un ignorante,  
redimir un corazón,  
hacer leal a una amante  
y triunfar de una pasión.

ABISMAL

La inclinación que siento por la ciencia  
y el odio que profeso al fanatismo  
serán por siempre el insalvable abismo  
que separe tu amor de mi existencia.

IDILO

Se abandonaba la caricia tibia  
su cuerpo virginal enardecido;  
le temblaban los labios de lascivia  
y el deseo en sus ojos llameó.

Después: un grito de placer y angustia;  
un espasmo frenético, por fin,  
y una joven mujer llorosa y mustia,  
cual nueva Margarita en el jardín.

LOS VERDUGOS

Corazones que en la vida perseguís los imposibles  
es imposible que en la vida torturéis el corazón,  
sois los unos y los otros victimarios impasibles  
de la dicha y la esperanza, del amor y la ilusión.

DANIEL MARTÍNEZ VIGIL.

## DOS ALUMNOS

DE LA ESCUELA LANCASTERIANA

A principios del presente siglo dos hombres emprendedores y de talento promovían uno en Inglaterra y otro en la América del Norte la enseñanza llamada mutua, (1) que fué durante mucho tiempo el sistema pedagógico más en boga, y que mantienen todavía numerosas escuelas del orbe cristiano, a pesar de que la última palabra acerca del arte de enseñar hace tiempo que lo ha estigmatizado reemplazándolo por otros sistemas, métodos y procedimientos, más en armonía con el carácter de la educación y con los preceptos racionales que sirven a ésta de base y fundamento.

Las ideas pedagógicas de Lancaster hicieron rápidamente camino, al punto de que trasladándose a Colombia su inventor (2) el Libertador Bolívar le dispensó una protección incondicional, merced a la cual pudo fundar en esa privilegiada región numerosas escuelas, como lo hizo más tarde en el Canadá; lo que no impidió que el célebre pedagogo británico muriese en Nueva York en medio de la mayor miseria, mientras que Bell llegó a poseer una fortuna de más de medio millón de *dollars*, que a su fallecimiento legó a diferentes establecimientos de enseñanza.

No podemos precisar bien en este apunte si fué el Brasil, la Argentina, Chile ó el Uruguay (3) el país que siguió a Colombia en la planteación de escuelas sujetas al sistema lancasteriano, estando, sin embargo, fuera de toda duda que cupo a la Ban-

(1) El sistema de Andrés Bell y el de José Lancaster son casi idénticos, y sólo difieren en algunos puntos de importancia secundaria. Los alumnos se dividen en grupos ó clases, que quedan bajo la dirección inmediata de los más adelantados, los cuales les enseñan a escribir, calcular, etc. como ellos fueron enseñados por el Maestro. Estos auxiliares se denominan *monitores*, cada uno de los cuales tiene sus discípulos, diez próximamente, que se sientan en un banco, ó que, como quería Bell, forman semicírculo delante del monitor. Además de los monitores hay en las clases diversos funcionarios: uno se encarga de vigilar a los monitores y a los niños de sus secciones, otro lleva el registro escolar y anota las faltas de asistencia, otro distribuye y recoge los cuadernos, libros, modelos, etc., etc. Este mecanismo, practicado en una sala espaciosa, convenientemente distribuida y preparada para movimientos hábilmente combinados, facilita sin desorden y sin demasiado ruido la tarea escolar que el maestro ha distribuido de antemano entre los monitores. Un sistema severo de premios y castigos sostiene la disciplina entre los niños. El Maestro se asemeja a un jefe de fábrica que lo vigila todo y que interviene en el trabajo en los casos difíciles. No da lección más que a los monitores y a los ayudantes jóvenes que desean consagrarse a la enseñanza. Una escuela numerosa dirigida por un Maestro inteligente con sujeción a este sistema, ofrece ciertamente un espectáculo tan sorprendente como agradable. *Historia Natural de la Pedagogía*, por Julio Paroz, (2a edición, Girona, 1887).

(2) La enseñanza mutua, que permite a un solo Maestro ocuparse de la instrucción de un crecido número de alumnos con el auxilio de los más adelantados, era ya conocida y practicada antes de plantearla los dos célebres pedagogos que le dieron sus nombres. El viajero Della Valle la encontró establecida en la India hacia el año 1621. Alemania ha tenido escuelas organizadas por este sistema, y Stanz y Pestalozzi lo aplicaron también. En Francia se practicó desde 1747 hasta la Revolución en el Hospicio de Misericordia y algunos otros establecimientos; pero estaba reservado a los ingleses Bell y Lancaster, que probablemente ignorarían los ensayos anteriores, dar a esta enseñanza una organización práctica y un impulso vigoroso. (Julio Paroz, *Obras citadas*, pág. 221.)

(3) La América española debió en ese tiempo al filántropo don Diego Thompson la introducción del sistema de enseñanza mutua, adoptado en el año 21 en las escuelas de Buenos Aires, el 22 en Chile, y sucesivamente en San Juan y Mendoza. *Reseña Biográfica de Hombres Notables de la República Oriental del Uruguay*, por Isidoro De-María, 3a edición, Montevideo, 1880.

da Oriental la gloria de ser una de las primeras conarcas sud-americanas que iniciaron la organización de este género de enseñanza en el mundo de Colón.

Pero ¿quién introdujo, dió a conocer, planteó y sostuvo el sistema de Lancaster? Don Isidoro De-María, que parece no abrigar ninguna duda acerca de este punto, afirma en la página 84 del tomo primero de la obra que acabamos de citar, que la creación de la Sociedad Lancasteriana y de la escuela de este nombre se debe al presbítero D. Dámaso Larrañaga, quien, si en política no se mantuvo siempre a una altura espartana, como humanitario figura entre nuestros más abnegados filántropos, al par de que como hombre de ciencia y vastos conocimientos ninguno de sus contemporáneos le aventaja (1)

En efecto, el *Libro de Acuerdos de la Sociedad Lancasteriana*, que se conserva en la Biblioteca y Museo Pedagógicos, hace constar que la expresada Sociedad quedó instalada en Montevideo el día tres de noviembre de mil ochocientos veintiuno, como consecuencia de una invitación impresa que el señor Vicario *dispuso* hiciera circular el Excmo. Cabildo y cuyo tenor es el siguiente:

«El Ilustrísimo y Excelentísimo Señor Capitán General Barón de la Laguna, el Sr. Gobernador de la Plaza, el Sr. Intendente D. Juan Durán, los señores Cabidantes D. Juan Correa, D. Juan Méndez, D. Juan León, D. Luis de la Rosa Brito, D. Zenón García, D. Agustín Estrada, D. José Alvarez, D. Gonzalo Rodríguez, D. Gerónimo Pío Bianqui y el Sr. Cura Vicario de esta santa Iglesia Matriz, D. Dámaso Larrañaga, deseosos de propender a la felicidad general y al progreso de la moral pública, proporcionando a la juventud de esta ciudad y Provincia, tanto varones como mujeres, una pronta y perfecta educación bajo el ventajoso y económico sistema de enseñanza mutua de Lancaster, que se halla ya establecido, con aplauso y utilidad general, en toda Europa, han creído de absoluta necesidad para poderlo realizar, no sólo en la ciudad sino también en todos los pueblos del Estado, formar una Sociedad que tome a su cargo la formación de escuelas, la instrucción de maestros y maestras, el mandar éstos a las escuelas que se establezcan, señalarles sus sueldos, cuidar de sus pagos, etc., etc. Con tan señalado objeto de utilidad pública nos tomamos la satisfacción de invitar a V. para que si gusta se suscriba

miembro de la Sociedad por la cantidad que fuere de su agrado».

La reunión se celebró con escaso número de asistentes, quedando la Sociedad instalada en ese día, en razón de que para el siguiente estaba dispuesta la apertura de la primera escuela que bajo el sistema de Lancaster se había preparado en la Casa Fuerte con los auxilios proporcionados por el Gobierno; y acordado así, declararon que la Sociedad estaba legítimamente constituida, resultando de la votación elegidas las siguientes personas:

Presidente — Barón de la Laguna.  
Vice-Presidente — Juan José Durán.  
2.º Vice — Juan Correa.  
1er. Secretario — Francisco Solano de Antuña.  
2.o Idem — Paulino González Vallejo.  
Tesorero — Carlos Camuso.

La precitada reunión se celebró en la Sala Capitular, y del acta de la misma se desprende que D. José Catalá, venido de Buenos Aires con este objeto, quedó nombrado Director con la asignación anual de mil pesos de sueldo, vale decir, muchísimo más de lo que ganan en la actualidad los Maestros de nuestras principales escuelas públicas, a pesar de que a la sazón las necesidades se cubrían más fácilmente que ahora y eran mucho menores, y también de menor valía, las exigencias sociales, sea dicho todo esto en obsequio de los preceptores contemporáneos.

En breve se dotó a la Escuela Lancasteriana de un ayudante, a quien al principio se asignó una mensualidad de veinticinco pesos que al poco tiempo quedó duplicada, disfrutando este empleado subalterno los honorarios de cincuenta pesos, hasta mediados del año siguiente, en que habiendo renunciado el susodicho cargo el sacerdote D. Lázaro Gadea se ofreció a ocupar la vacante por 30 pesos, dejando 20 a beneficio de la Sociedad, y obligándose además a decir misa los días de media fiesta a la hora que se dispusiese, así como que se allanaba a propagar el sistema en el punto que se le destinara, todo lo cual fué aprobado, con un voto en contra de parte de D. Prudencio Murguiondo. (Acta del 23 de agosto de 1822).

Al año de establecida, la Sociedad marchaba con todo desahogo, pues sobre disfrutar gratuitamente de un local, si no adecuado, por lo menos espacioso, disponía de numerosos afiliados y además contaba con la mitad de la tercera parte de lo que producía la renta de lobos.

La escuela fundada por Larrañaga tuvo imitadores, pues D. Pedro Vidal, que secedió una particular en Montevideo, la sujetó al sistema lancasteriano colocándose bajo la égida de la Sociedad.

Pero como no hay obra humana perdurable, los sucesos políticos que se desarrollaron en los años subsiguientes obligaron a los habitantes de Montevideo a preocuparse más del porvenir de la patria que de la educación de sus hijos, y la escuela lancasteriana empezó a languidecer, no sólo por faltarle el apoyo moral de los prohombres de entonces, sino en virtud de ha-

ber sido despojada de la parte de la renta de lobos que por disposiciones anteriores estaba afectada a su sostenimiento. Hubo cambio de notas entre la Sociedad y el Gobernador, sin resultado favorable para la primera, hasta que a principios de 1825 la obra de Larrañaga se extinguía completamente a impulso del huracán revolucionario que amenazaba concluir para siempre con la solapada dominación de nuestros vecinos.

Los exámenes de los alumnos de la escuela lancasteriana se celebraban con el mayor esplendor, presenciándolos las autoridades locales y concurriendo a ellos las familias de los educandos y un numeroso público, ávido de cerciorarse de la bondad del sistema implantado por el eminente sabio uruguayo. El programa de estudios abrazaba lectura de prosa y de verso, escritura en pizarra y papel, aritmética, gramática castellana y doctrina cristiana.

Como régia el vetusto sistema de los castigos y las recompensas, cada año, a los dos niños más pobres entre los aventajados se les acordaba el premio de un traje completo de paño, con más una medalla de plata a uno de ellos. Los premios de tercer orden consistían en un escudito de latón con las iniciales S. L. En los exámenes que se verificaron durante los días 18 y 19 de septiembre de 1822 el alumno que resultó más inteligente y estudioso fué Pedro Antonio Lombardini, por lo cual se le premió con una medalla de oro. Los dos que siguieron al anterior en conocimientos y conducta fueron Ciriaco Pereyra y José Medina: al primero se le entregó medalla de plata y traje y al segundo traje solamente.

En uno de estos simpáticos actos, los niños Isidoro De-María y Cándido Joanicó obtuvieron los premios principales—medallas de plata—en mérito de haber resultado en ese año los más aventajados de la clase superior, los que mejor conocían las asignaturas del programa, y los que por su conducta intachable en la escuela y fuera de ella, mayormente se habían hecho acreedores a tan señalada distinción. (1)

A través del tiempo que nos separa de aquella época memorable, se ve que el tribunal examinador no anduvo desacertado en sus juicios, y que De-María y Joanicó delían honrar posteriormente con su ilustración y su talento a la Escuela Lancasteriana, de la cual fueron alumnos distinguidos, convirtiéndose más tarde, el primero en celebrado historiador y fiel cronista de escenas, tipos y costumbres de otros tiempos: mientras que el segundo se transformaba en hábil jurisconsulto, tan respetado por su clara inteligencia como consultado por su vasta erudición, por más que el último tercio de su vida lo pasara sumergido en la soledad y el retiro.

Recuérdanos este hecho otro análogo acaecido en la madre patria. Recorría las

(1) El Profesor D. Alberto Gómez Ruano, Director y fundador de la Biblioteca y Museo Pedagógicos, que con tanto celo y perseverancia se preocupa de allegar documentos que sirven para la historia del desenvolvimiento educativo en el Uruguay, posee en el establecimiento precitado las medallas de plata tan honrosamente ganadas por el Dr. Joanicó en sus infantiles años.



Universidades de España el célebre Alcalá Galiano, y habiéndose encontrado en una de ellas con Emilio Castelar, á la sazón imberbe estudiante, después de oírlo disertar, anunció en plena cátedra, que si aquel joven no se malograba por exceso de precocidad, llegaría á ser orador eminente, pensador profundo y batallador incansable por los fueros de la libertad y de la democracia; y en otra Universidad profetizó á Pedro Mata, estudiante de medicina entonces, que en la espinosa carrera emprendida alcanzaría los laureles de la gloria por su preclaro talento, profundidad de observación y reposado juicio.

Pues bien; de igual modo que las predicciones del eminente estadista español se cumplieron, cual si inspiración divina las hubiese dictado, así también fué acertado el galardón concedido á De-María y Joanico, declarándolos aventajadísimos alumnos de la Escuela Lancasteriana, á la que han honrado con sus méritos y obras, cubriéndose á la vez de gloria, y honrando á la patria en que nacieron.

ORESTES ARAÚJO.

Montevideo, 25 Mayo 1895.

## ¡SOÑEMOS Y PENSEMOS!

Si sueño, son mis sueños del hermoso color de la alborada: una aurora de luz suave, argentina que sobre el horizonte se dilata.

Si pienso, el pensamiento es el viajero errante, que dijera; la soledad cruzando de la selva que á sus ojos oculta la luz clara.

¡Soñar... ¡pensar!... ¡la aurora que la vida de luces engalana, y el ocaso que esparce negras sombras do la vida en la senda inexplorada!

¡Soñar!... ¡los reflejos vivir de la ilusión; sentir del aura el beso voluptuoso, y el aroma aspirar del jardín de la esperanza!

¡Pensar!... ¡lo imposible lanzarse, ó discurrir tras un fastasma; inquirir la verdad; gastar la vida; torturar el cerebro en lucha infausta!

En esta lid tremenda en que se inclina ya á soñar, ya á pensar incierta, el alma, ¿no habrá una tregua, para hallar la ruta á seguir, de la vida en la jornada?

Soñar, ¿será un delirio? pensar, ¿será correr tras sombra vana? ¿ficción es la sonrisa de la aurora? lo que se esconde en la verdad, ¿es nada?

Si el soñar es dormir á los arrullos de hada que presta bienestar al alma, ¡soñemos y durmamos!... Si el pensar es vivir buscando senda que el alma acerque á la verdad ansiada, ¡pensemos y vivamos!

CONSTANTINO BECCHI.

Montevideo, 30 de Abril de 1885.

## PRETÉRITAS

Así—el cabello suelto,  
Nerviosa y agitada,  
En ímpetu de amor irresistible  
Á mi cuello abrazada,—

Así, como te veo,  
Así, te sueña mi alma...

¿Y qué haces, oh mujer! que á mí no vienes  
Si sabes que mi amor así te aguarda?

No miréis su retrato... Para verla  
En toda la hermosura de su vida,  
Contemplada en mi alma, si no os ciega  
La llama de mi amor que la ilumina!

GUILLERMO P. RODRÍGUEZ.

## ESTUDIOS LITERARIOS

Edmundo y Julio de Goncourt

(Continuación)

III

EL ESTILO.

Para todo aquel que haya leído con atención las obras de los hermanos Goncourt—y sobre todo los tres volúmenes *L'Art du XVIII<sup>e</sup> siècle*—tal vez parezca inútil este párrafo. Desgraciadamente hay muchos que leen sin darse cuenta de la mitad de lo leído por parecerles todo ello cansado, monótono é insustancial. Por esta razón—y además porque todo lo que se diga aquí no es más que la aplicación de los principios examinados en el anterior párrafo—es que quiero detenerme á hacer algunos apuntes sobre el estilo de los dos distinguidos novelistas.

Incidentalmente algo queda dicho ya al respecto, pero no basta ni nos da una idea del «procedimiento» de los Goncourt.

Lo primero que llama la atención en los libros de los autores de *Germinia Lacerteux*, es el derroche de descripciones de que hacen gala; pero no esas descripciones inspiradas en el lirismo y que tienen tanta conexión con el asunto como los versos con un experimento de química, por ejemplo. Por eso no debemos confundir «escuelas literarias» ni tenemos para qué sacar á cuenta,

según lo hizo un poco avisado crítico francés, á Tefófilo Gautier. No hay puntos de contacto entre el autor de *Avatar* y los de *Renata Maupérin*. Gautier es un gran colorista, preséntanos cuadros que son todo un derroche de luccillas y matices, ilumina las palabras, con la magia todopoderosa de su estilo, á la manera de tarulitos chinoscos,—valga la frase;—pero esos cuadros deslumbrantes, esas descripciones multicolores hieren únicamente nuestra retina, hácenos soñar, mas no nos conmueven ni nos presentan el objeto que tratan de reproducir. ¿Por qué es esto? Porque en su estilo no hay más que luces, reflejos, colores, irisaciones; mientras que en las descripciones de los Goncourt, bajo el poder de su «prosa pintada» alienta la vida, palpita la realidad. Gautier hace el efecto de un incendio de colores que deslumbra la vista, que enardece la imaginación, que arrebató la fantasía; pero al autor de *Espirita*—como dice Zola—no se le leerán cuarenta páginas de corrido sin sentir cansancio. Todos sus libros (!), ¿qué son otra cosa sino una cargazón de relieves, un diluvio de fulguros, un océano de imágenes esmaltadas, raras y caprichosas? Aquellas góticas molduras, aquellas maravillas de bordados, esas filigranas en los dibujos y esas combinaciones de tintas y de luces, no tienen vida, son *nature morte*. Calientan y excitan nuestra imaginación á la manera de esos fúlgidos relámpagos que con cegadores zigs-zags rasgan las negras nubes de tormenta, pero como ellos, también, bórnanse rápidamente de nuestra memoria, dejándonos en medio de más hondas y apretadas tinieblas. No hay un solo lector que recuerde una descripción al volver la última página del libro. Tan sólo nos queda la vaga reminiscencia de que en aquella obra el estilo nos ha dado, fugazmente, la sensación de luces de alborada y de coloraciones exóticas.

En los Goncourt la cosa es muy distinta. La impresión causada por su estilo primoroso y brillante queda grabada en el cerebro y no hay lector que no recuerde numerosas páginas al concluir la lectura del estudio ó novela. Y es que ellos parten de la realidad; la analizan fielmente; estudian todos los detalles; penetran del alma de su obra, para luego reproducir esa realidad con todos sus detalles y colorido, pintando con la palabra como si ésta fuera una paleta. Y lo que en Gautier no es más que un bello sueño, y como sueño no más se desvanece, en los Goncourt es verdad, es cosa ú objeto que conocemos, que ya nosotros hemos visto antes de ahora, pero que bajo la mágica pluma de los artistas, surge, se reproduce, alienta con vida, mostrándose nos tal cual. ella es en realidad, con su misma figura, colores y perfiles. Por eso las descripciones de los Goncourt quedan grabadas indelebles en nuestra memoria; porque no hieren tan sólo nuestra imaginación, sino que despiertan nuestros recuerdos y excitan nuestra atención.

Y es claro: lo fantástico, lo soñado, lo imaginado como tienen un carácter eminente

(1) Principalmente Fortunio, *Avatar*, *Espirita*, *La señora de Maupérin*, *Novelas cortas*, etc.

temente subjetivo, personal mejor dicho, no puede ser comprendido ni alcanzado del mismo modo que lo siente y lo comprende el que lo sueña ó imagina. De ahí que si nos conmueve y nos deleita es debido á una fuerte ráfaga sensorial, una corriente nerviosa, que excita en un mismo ó semejante sentido nuestras facultades imaginativas,—pero que, forzosamente, ha de borrarse de nuestros recuerdos. No pasará lo mismo con lo que es fruto de la realidad y se nos presenta con sus mismas formas é idénticos matices. Si un artista toma del mundo exterior un paisaje y nos le copia con fidelidad, punto por punto, sin olvidar detalles, con los mismos colores, con los mismos contornos, y ese paisaje le encontramos igual, por consiguiente, al que nosotros conocemos, pues también le hemos visto antes que el artista lo reprodujera, ¿no lo conservaremos mejor en nuestra memoria que ese otro paisaje ideal, hijo de una hora febril de inspiración, aéreo, increado, intangible y que nosotros percibimos de una manera distinta—es lo que siempre sucede, á fin de cuentas,—sea en detalles, posición, rasgos, simetría, etc., á la manera que le soñó su creador?

Pues tal es la diferencia que existe entre la descripción de Gautier y la de los Goncourt. Pero ¿quiere esto decir que el arte naturalista sea una copia servil del mundo exterior? A tan necio y burdo argumento responden las obras todas de los Goncourt. «Maravíllome—dice la Pardo Bazán (!),—de que haya quien califique á los realistas de meros *foliógrafos*, militando en sus filas los dos escritores modernos que con mejor justicia pueden preciarse de pintores.

Si Los Goncourt no se contentan con hacer inventarios—como no los hace Zola ni escritor realista alguno,—por cuanto al describir los objetos les dan su propia forma, su misma vida é idéntico colorido. Luchan como endemoniados con el lenguaje hasta arrancarle á la pluma los colores de un pincel. No puedo dejar de transcribir aquí un párrafo tomado de la novela *Manette Salomon*, donde, al través de la lucha terrible sostenida por el pintor Naz de Coriolis para conseguir los matices que no encuentra en su paleta, deja traslucir la lucha semejante que los Goncourt sostienen con la pluma. Dicho párrafo véolo también citado por la autora de *Un viaje de novios*; me ha ganado de mano. Mas, no importa: cien transcripciones todavía merece él por su belleza, y aquí viene como anillo al dedo para que el público amante de las letras vaya enterándose de este estilo admirable y único de los eximios novelistas que estudio. Dice así:

«Buscaba incesantemente el pintor los medios de dar vida á su paleta, de calentar los tonos, de prestarles brillo. Parado delante de los escaparates de mineralogía, con el propósito de robar á la naturaleza apoderándose de las luces multicolores de las petrificaciones y cristalizaciones relampagueantes, se extasiaba con los azules de azurita de un azul de esmalte chino; con los lánguidos azules de los cobres oxidados;

(2) Emilia Pardo Bazán, *La Cuestión Palpitante*.

con el celeste de la lazulita que va del azul real al azul marino. Seguía toda la escala del rojo, desde los mercurios de sulfuro, acaraminados y sangrientos, hasta el negro rojizo de las hematites, y soñaba con el *amálito*, color del siglo XVI, ya perdido, de un tono cardenalicio, legítima púrpura romana. De los minerales pasaba á las conchas, á las tintas madres de la suavidad é idealidad del tono, á todas las variedades del rosa en una fundición de porcelana, desde la púrpura sombría hasta el rosa desleído y el nácar donde el prisma se baña en leche. Averiguaba todas las irisaciones y opalizaciones del arco iris... En su pupila recogía el azul del zafiro, la sangre del rubí, el oriente de la perla y las aguas del diamante.»

Y esta lucha es la misma que sostienen los Goncourt en cada una de las páginas de sus libros; y para conseguir la victoria válense de todos los medios. Hay trasposiciones rarísimas que espantarían á un clásico; párrafos enteros que anatematizaría Voltaire, indignado de ver así zaramendeada su querida prosa francesa. Y por medio de esa disposición violenta del sujeto, el objeto y el atributo, fuera de las reglas invariables y frías de la gramática que los clásicos miraban con un respeto verdaderamente religioso, consiguen los Goncourt dar una idea precisa y clara de lo que se proponen decir. Otras veces válense de repeticiones para incrustar en el cerebro del lector la idea primordial, el tono que quieren hacer ver en su descripción; y esa misma palabra zaramendeada, traída á colación dos ó tres veces en el mismo párrafo, ya como sustantivo, ya como adjetivo, al fin como adverbio, lo consigue tan bien que la página brilla con el color que se nos pinta y bulle con la vida de la realidad. A veces quieren hacer notar un movimiento cualquiera, y como el pretérito perfecto de indicativo no se presta á la idea de lentitud que quieren dar á dicho movimiento los Goncourt, debido á la concisión de ese tiempo de verbo y á la idea de rapidez que despierta automáticamente en nuestro cerebro, pásanse sin trepidar al pretérito imperfecto, aunque todas las reglas del régimen protesten por boca de críticos á la Harpe. Muchas veces, también, hállanse con que no existe en el idioma—y ya conocemos la pobreza relativa del francés—una palabra capaz de reproducir la sensación que esperan los autores, y entonces inventanla ó válense sencillamente de varias comparaciones para conseguir su objeto. Y los neologismos bullen así en medio de un párrafo fundido en bronce con chispazos vivísimos que recorren todos los colores del prisma. Usan, del mismo modo, en lugar de los sosos rodeos de la escuela romántica, las palabras técnicas con que se determinan los diversos objetos de un arte ó de una ciencia; y así, en vez de los conceptos ambiguos á que se presta la expresión por términos comparativos en la vieja escuela, consiguen hacer más clara y precisa la imagen de dichos objetos.

También la colocación de las palabras les preocupa muy mucho. Sabemos que el uso gramatical francés obliga á colocar el determinativo después del determinado, y esto, es claro, evita la precisión y brillo de la imagen que se expresa. Cuando un escritor dice: «encontré á poco andar por el bosque á un hombre muerto,» obliga al lector á hacer un doble trabajo intelectual. La palabra *hombre* despierta en nosotros la imagen de un hombre como los demás hombres, es decir, vivo, que anda y gesticula; y cuando se agrega *muerto*, se nos obliga á volver atrás en nuestro raciocinio reflejo, es decir, en nuestra comprensión, y tenemos que borrar la imagen que nos habíamos hecho de un hombre vivo y se moviente, para reemplazarla por otra completamente opuesta. El fenómeno es innegable; y aunque los estados de conciencia se suceden rápidamente en el sér pensante, siempre queda, á fin de cuentas, ese doble trabajo. Y es por el abuso de estos usos gramaticales que se llega, algunas veces, como nosotros los uruguayos hemos llegado á decir los más grandes disparates, v. gr., *arroyo seco, esquina redonda, vidrio de lata*, etcétera.

Los tropos prestan, también, inmensos servicios á los Goncourt, como, por otra parte, también los rinden al pensamiento, —servicio en un todo análogo á aquel que él recibe de los sonidos imitativos. Por medio de las figuras ponen al pensamiento del lector frente á frente del objeto que se quiere representar, y esto de un modo indeleble y preciso. Y en este trabajo de los Goncourt para engendrar un gran número de ideas en el ánimo de sus lectores con el más mínimo esfuerzo intelectual por parte de éstos, también lo consiguen por otro medio, cual es el de la repartición progresiva y ordenada del reposo. Consiguen esto, valiéndose de antítesis unas veces y de oposiciones otras, que quedan tanto más grabadas en el cerebro, cuanto las impresiones son de mayor contraste. Usan inflexiblemente la graduación, ascendente ó descendente, que tiene por efecto obligado el despertar en el espíritu una imagen imborrable, ó por lo contrario, diluirla y desvanecerla poco á poco de manera que aquél se dé cuenta de que algo, una imagen, que en él existía ahora se ha borrado. Válense de la variedad que, haciendo obrar á órganos diversos, da á unos el trabajo, quitándole á otros, sucesivamente, para lograr el reposo de que he hablado. Este fenómeno psicológico podría probarse con otro puramente fisiológico: es cosa sabida que el que carga un peso cualquiera en la mano derecha, si lo pasa á la izquierda, siendo el mismo peso, nota notable alivio. La cadencia rítmica de las frases, también deleita al lector y parece conducirle á su mismo compás, suavemente, con el blando mecimiento de los alejandrinos; y es cosa corriente en los Goncourt terminar sus párrafos con dos hemistiquios irreprochables, cuyos acentos prosódicos dejan en el espíritu la complacencia de ver terminado á punto lo que se debía decir, ni una sílaba más ni una menos.—Y, por último, para dar vida á sus párrafos, para hacerles latir no tan sólo con el color, sino también con ahogos de tristeza, alientos de placer ó lenta melancolía, reiteran la sensación en el lector colocando varios sinónimos para expresar una sola idea, ó abusan de las fi-



guras de metaplasmo, derrochando á la par las elipsis, tautologías y pleonasmos.

Y este estilo primoroso, único, brillante, es el que mejor se harmoniza con la estética de los Goncourt y con esa sensibilidad refinada, casi enfermiza quehe tratado de retratar con toda precisión en mi anterior párrafo. Es un estilo único,—es la pabra,— que no se confunde con ningún otro, ni aun con el de Teófilo Gautier, según crearon los profanos. Si existe un caso típico que compruebe lo que Bürger llama *la ley de separación* en literatura, ese caso nos lo presentan los hermanos Goncourt. Ellos tienen, como el que más, la «expresión personal», según lo entiende Zola. Un *amateur*, un verdadero crítico, lee una página de Bossuet y de Dupanloup, de Stendhal y de Daudet, de Hugo y de Saint-Simon, y sentirá que aquello no es la misma factura, que cada uno tiene un timbre distinto, que el acento es propio de cada uno. Cuéntase que Valera conoce á un poeta con la sola lectura de una composición, á veces de una estrofa. Yo diferenciaría una página de Galdós entre cien de otros autores, y una de los Goncourt entre mil.

Emilio Zola presenta á Daudet como el ejemplo más palpitable de la expresión personal. Lo es, no cabe duda, y pese á la enorme distancia que existe, bajo ese punto de vista, entre *Le petit chof*, por ejemplo, y *Le Nabab*. Pero en los Goncourt hay mayor uniformidad, como en Stendhal. *Le rouge et le noir* y *De l'amour*—conservan de tan distinta composición—revelan á las claras á Beyle, á ese mismo Beyle que, exageradamente, se preciaba de leer tres ó cuatro páginas del Código Civil para preparar su estilo. Lo mismo acontece con los Goncourt. Tomad la historia de *Manette Salomon* y esa otra obra *L'Art du XVIII<sup>ème</sup> siècle* y veréis que el estilo es uno, igual, exactamente igual. No hay puntos de diferencia, no hay matices, sino un matiz—al contrario de lo que sucede en Daudet.

¡Qué inmensa distancia media entre los Goncourt y esa vaná trahilla de novelistas que inundan la Francia! Claro que no hablo de las nulidades ni aun de los Richebourg ó de los Karr. Me refiero á aquellos que escriben correctamente, con fluidez, de una manera elegante. Son buenos gramáticos—algunos, mejores que los Goncourt en esto—tienen colorido; hay emoción y vida en sus párrafos; son páginas, en fin, que hacen exclamar al público, como recuerda Zola: «Está muy bien escrito» Pero no son artistas, aunque rabien. No tienen estilo propio, aunque se fastidien. Les falta la expresión personal, el *quid divinum*: que viene á ser lo mismo que faltarles todo. Cogen frases al vuelo, usan modismos corrientes, escriben como piensa la generalidad de los hombres, y por eso es que dice de ellos el vulgo: «Eso es lo que yo pienso y digo; por lo tanto, está bien escrito.» Pero el artista ó el crítico ve que allí no hay arte, ni sello personal, ni nada propio del autor, y se ríe en silencio. Tales novelistas escribirán cientos de volúmenes inútilmente: la posteridad no les tendrá en cuenta. Entre tanto, los Goncourt se revelan en su estilo. Allí está su sangre, su propia vida. Sus fra-

ses cuentan á gritos el nombre de sus creadores. Diríase que entre las líneas de letras apretadas surge la figura de Julio y la de Edmundo. ¿Dónde, en qué parte, en qué sitio está esa revelación? No se puede decirlo, no se podría fijar: pero se siente, se advierte, se ve aun cerrando los ojos. Ello es fruto de la sensibilidad de los autores: todo en la obra de los Goncourt va á parar en esto. El mecanismo he tratado de precisar lo ha poco, y creo haberlo logrado.

¡Cuántos y cuán bellos ejemplos podría citar en comprobación de lo que acabo de decir! Bástame abrir al azar un libro cualquiera de los eximios escritores para lograrlo. Así, por ejemplo, en *Germinie Lacerteux* descando describirnos ese aspecto indefinible que presentan el cielo y la tierra en la hora del crepúsculo vespertino cuando la última luz del día lucha con las primeras sombras de la noche, escriben: «El cielo estaba gris abajo, rosa en el medio, arriba azul. Los horizontes llenábanse de sombras, los verdes se oscurecían, se tornaban casi negros, los techos de zinc de las tabernas tomaban tonos de luna, los fuegos empezaban á picar la sombra, la muchedumbre se hacía gris y azules los blancos de la tela.»

Otro ejemplo, tomado de *Renata Mauperrin*. La protagonista de la novela vencida por leyes hereditarias inflexibles y también por el mismo dualismo de su espíritu, se siente morir. Desfalleciente, en sus últimos días, con sólo átomos de vida en su minado organismo, quiere pasear con su padre por el bosquecillo. Y después de pintarnos los Goncourt en el notabilísimo capítulo LV «uno de esos hermosos días de verano que mueren en noches de plata,» después de decirnos que «de las profundidades del silencio alzabase un ruido inmenso y sonoro, un zumbido alado y que llenaba el oído como el rumor incansante de una colmena ó el murmullo infinito del mar,» concluyen así, cual si quisieran hacer el pronóstico del próximo fin de la desgraciada Renata: «Poco á poco se abrían unas profundidades en que le parecía ver, temblorosos y estremecidos por la noche, millones de fuegos de estrellas, pálidas como las luces de los cirios, y cansada de hundirse en aquella claridad, que siempre retrocedía, cegada por aquel polvareda de soles, cerraba los ojos ante el abismo que ya se inclinaba sobre ella y la atraía hacia lo alto.»

Es increíble el grado de sutileza que alcanzan los insignes escritores al describirnos la naturaleza que les rodea. Hay detalles, al parecer insignificantes, que por sí solos bastan á declarar su fama de artistas. Hay observaciones rarísimas que escaparían al espíritu más sutil y que, aprovechadas por los Goncourt, parece que adquirirían proporciones tan grandiosas que sin ellas la obra no fuera acabada. El lenguaje, por su parte, se afina, se esfuma á veces, otras traza rasgos imposibles y caprichosos, perfilando con delicadeza lo que debe traducir y prestándole la propia vida de la realidad. Logran imágenes felicísimas, que nos dejan aturridos, deslumbrados, absortos al mismo tiempo de que no se nos haya ocurrido, antes que á ellos, cosa tan sencilla

y bonita. Ved entre mil ejemplos que pudiera citar,—pues prefiero ir tomando, en el transcurso de estos apuntes, uno de cada obra—estos tres renglones que traduzco de *Charles Demailly*: «La sombra arrojó sobre el agua un velo plomizo donde el creciente de la luna dejó caer un racimo de guadañitas de plata.»

Ved ahora cómo en la obra *Maison d'un artiste*, al hablarnos de esa plácida hora del despertar, cuando las primeras luces del alba vienen á infiltrarse al través de las tapiernas, exclama Edmundo: «Y en el primer rayo de sol, como lo que no era hasta hace poco sino manchas difusas y rientes, se perfilan cuerpos extendidos de cazadores vestidos de rojo y calzones amarillos y siluetas de pastoras empolvadas, con corsé celeste, sentadas sobre oteros en el verde rayano en rubio!» Hay en esas líneas la traducción de una imagen confusa, enmarañada; el dibujo de un cuadro preñado de detalles, difícilísimo de perfilar sin caer en «el inventario;» el bosquejo de una sensación heterogénea, compuesta casi imposible de analizar. Para lograr traducir, pues, esa idea al lenguaje vulgar ha sido necesario un esfuerzo anímico tremendo, poderoso; poner en actividad todas las facultades imaginativas y estrujar el cerebro para sacarle el elixir del arte. Y ese dolor de la creación, por correlatividad, también lo experimenta el lector, cuyo trabajo intelectual, á fin de comprender y seguir el pensamiento de los Goncourt, es doble y continuo. Dijérase que la misma sensación dolorosa que presidió á la traducción de la idea renace en el lector, sacudiendo á una las mismas fibras sensoriales.

En *Los hermanos Zengano*—obra de Edmundo—hay ejemplos tan brillantes de lo dicho hasta aquí sobre el estilo de los Goncourt, que, á pesar de no ser ese libro de los dos hermanos, no puedo á menos de transcribir algunos renglones. El autor describe el traje de Nelo y, tratando de llevar al espíritu del lector la sensación que pueden producir esos duendes tenebrosos de nuestros sueños, dice: «Versía de colores de humo, tenebrosos, que reverberaban sombríamente como los metales ocultos en las entrañas de la tierra, como el nácar negro dormido en las profundidades oceánicas, y que, en el ambiente sin luz, agitan en sus alas las mariposas nocturnas.» Y más adelante, dando la idea de un movimiento físico, para hacernos advertir todas sus fases sucesivas, escribe: «... se lanzaba al vacío, proyectando en él muy á su gusto el lento y perezoso desarrollo de su cuerpo taciturno, donde la claridad nocturna de las lucernas bajo las cuales cruzaba, hacía rielar un minuto tonos de azufre y calcinada púrpura; y terminada su aérea evolución, alcanzaba el segundo trapecio, con gentil movimiento de ascensión volante por medio de las manos.» ¿Cómo explicar más acabadamente todo ese movimiento de un acrobata lanzándose de un trapecio á otro? ¿Cómo definir mejor esa sucesión de posiciones que adopta un cuerpo volando en el vacío? ¿Y qué decir del retrato de la señora de Malvezin en *Querida*, hecho por Edmundo en cinco ó seis renglones que bastan, sin

embargo, para representarnos «el embrutecimiento de una bestia?» En esta misma obra, describe el autor el parque del Mariscal: «A lo largo del paseo veíanse rayas de sol sobre las sombras del camino, y á derecha é izquierda se divisaban entre los claros del bosque juegos de luz tras las blancuras de los abedules y el moho atigrado de las hayas.»

Pero no son estos los únicos elementos artísticos empleados por los Goncourt para conseguir expresar su sensibilidad dentro del estrecho molde del lenguaje humano. Si los que acabo de mencionar son los principales y de los cuales más feliz partido obtienen, no debo dejar de citar otro recurso aunque secundario y de pura forma, pero que consigue brillantes efectos en las manos de tan brillantes artistas.

Creo haber indicado suficientemente más arriba que en las obras de los Goncourt tienen gran cabida las descripciones—y que éstas son, por decirlo así, su primordial elemento;—pero no esas descripciones deslumbrantes que no son más que palabras y en las que, como dice Zola<sup>(1)</sup>, el autor hace «la descripción por la descripción,» sin «que un latido humano surja de aquella tierra muerta;» tampoco esas otras descripciones interminables y un si es no es pesadas que llenan los largos libros de Walter-Scott, sino las que llevan por sello característico la misma realidad, las que ponen de relieve las sensaciones que producen en nuestro ánimo el mundo exterior, las que, en fin, tienen relación con el hombre y vibran con la misma fuerza que su sensorio. «Todo el genio de los Goncourt—dice Zola—se encierra en esta traducción tan animada de la naturaleza, en esos estremecimientos observados, en esos mil rumores inarticulados. En ellos respira la descripción.»

Pero la descripción no es toda la obra, como es natural. Al lado de la naturaleza ó del medio que rodea á los personajes, se halla el estudio de las costumbres. Tengo fuertemente que detenerme en este nuevo elemento artístico que no he analizado.

El drama, ó sea en otros términos, la acción y el argumento—es cosa secundaria en los libros de los Goncourt. El lector que busque en ellos escenas interesantes, conmovedoras y de efecto, se lleva chasco. *Germinie Lacerteux*, la criada histérica que rueda insensiblemente hasta el vicio, *Manette Salomon*, la modelo hebrea que inutiliza un artista, *Charles Demailly*, el simpático literato que una actriz perdida conduce al manicomio, *Sor Filomena*, la niña mística que muere en el hospital en brazos del más dulce de los sueños, *Renata Mauperrin*, la joven burguesa que sigue á la tumba á su hermano Enrique y víctima de influencias hereditarias, *Madame Gervaisais*, la mujer ilustrada que va á la Ciudad Eterna á inundarse de fe, todos estos libros no tienen otro drama que el que yo acabo de comendiar en estas líneas. Pero, entonces, se dirá, ¿cuál es la vida que anima esas obras? Y yo contesto: Pues... esa misma; los Goncourt además de ser artistas descriptivos de la naturaleza son concienzudos ana-

(1) Emilio Zola, *Le roman experimental*.

lizadores de hábitos y costumbres. Este es todo su trabajo, y convengamos en que no es poco. Analizar cómo la continuación y repetición de las impresiones ó de los actos desarrollan en el individuo un hábito, no es cosa de poca monta como á primera vista parece. Los Goncourt presentan el personaje bajo la primera impresión: naturalmente ésta no es hábito desde que no ha sido nunca precedida de otra igual. El hecho pasa inadvertido para el lector, pero ya lo recordará más adelante. Llega, á su vez, la segunda impresión y el personaje siente la percepción: el lector aun está á oscuras, no sospecha nada. Siguen repitiéndose los actos ó impresiones—y aunque la costumbre puede engendrar la repetición tanto como la repetición á la costumbre, según lo hace notar Malebranche—, lo cierto es que el personaje contrae una manera especial, indistinta al principio, luego más distinta y precisa. Pero como la costumbre es una fuerza moral que *conserva y acumula*, resulta fuertemente un perfeccionamiento y un progreso. (Janet.) El personaje aquí empieza á cambiar su modo de ser sin que el lector se dé cuenta de ello. El hábito, sin embargo, lucha con el temperamento individual, y es á su vez modificado. Este estudio psíquico lo realizan los Goncourt como autómatas, con rara precisión.

Entra ahora en juego la primera ley de la costumbre, según la han planteado Bichat y Hamilton: «la costumbre debilita la sensibilidad y perfecciona la actividad.» «El efecto general de la continuidad y del cambio que recibe el sér vivo de otra parte que de sí mismo es que, si no llega este cambio hasta destruirle, cada vez le altera menos. Por el contrario, cuanto más el sér vivo repite ó prolonga un cambio que tiene el origen en sí mismo, más le reproduce y parece inclinarse á reproducirlo. El cambio procedente del exterior le viene á ser más y más extraño; el cambio procedente de sí mismo le viene á ser más y más propio. *La receptividad disminuye y la espontaneidad aumenta.*» (1) Tomad á *Germinie*: es una criada buena, honrada, que idolatra á su señora la solterona de Varandeuil. Ved cómo el granuja Jupillon entra y se mezcla en su existencia: no se sospecha que aquel chico que *Germinie* tiene en los brazos pueda llegar un día á ser su amante. Poco á poco, y muy lógicamente, esto se insinúa, hasta que la unión sexual se realiza. No nos admiramos. De algunos capítulos atrás ya veíamos que esa caída se imponía. No para todo aquí, sin embargo. *Germinie* es buena aún, y se entrega á Jupillon por ley de su naturaleza: su histerismo la disculpa. Pero la sensación repetida frecuentemente, los gasta á ambos, mientras ella misma se debilita. El, que es un muchacho fuerte y sano, se hastía de ella y corre en busca de otras mujeres; ella, vieja y enferma lucha por retenerle, tratando de aumentar la sensación con refinamientos que compensen la no vibración del sensorio. Es una ley fisiológica, y lo del acerico de Montaigne es el ejemplo obligado en estos casos. Todos sabemos que á fuerza de aspirarlos, los far-

(1) Ravaisson, de *l'Habitude*, citado por Janet.

macúticos llegan á no sentir los olores más repugnantes de sus laboratorios, como sabemos que los viejos libertinos han menester de excesos y refinamientos de lujuria para alcanzar un placer. Es, ni más ni menos, el caso de *Germinie*. Pero ella tiene que luchar contra el desvío de su amante; tiene que retenerlo á su lado. ¿Cómo lograrlo? Jupillon necesita dinero. Ella le da el suyo y continúa dándosele hasta que se le concluye. Un día lo coje del arca de su ama: lo hace con horror, con miedo, con asco. La idea de reponerlo la obsesiona, y hasta que no lo hace, los remordimientos le muerden el corazón. Júrase á sí misma no volver á hacerlo. Pero ya el hábito tiene un primer acto inicial, y el segundo indicado por Alberto Lemoine (1) se impone. Lucha aún, pero cada vez más débilmente; varias veces más sustráele el dinero á la señorita de Varandeuil para dárselo á Jupillon, y siempre lo repone. Pero esto último le va costando grandes sacrificios: tiene que trabajar mucho, y privarse de todo. Anda sucia y andrajosa. Un día toma el dinero y no lo devuelve al arca. Ya es ladrona vulgar: ha llegado al postrer peldaño. Pisa en falso y rueda al inmundo fango del arroyo. Y entonces, la pobre mujer, engañada por su amante, pidiendo dinero prestado á todo el mundo, sucia, harapienta, relajadas sus costumbres, perdidas sus virtudes, se encenaga cada día más, toma otro amante, y otro, y vuelve á Jupillon deshecha, gastada, perdida para darle la miserable moneda de oro con que ella iba á comprar su lecho de parturienta en un miserable hospital. ¡Qué abismo inmenso entre aquella *Germinie* buena y honrada y esta *Germinie* de ahora, prostituta y ladrona! ¡Dios mío! ¡Los ojos se llenan de lágrimas y el pecho se desgarrante esa miseria inmensa, ante esos dolores humanos inenarrables! ¡Qué impresión tremenda de horrible tristeza la que sacude á una todas las fibras del corazón! ¡Cuán honda pena embarga el ánimo al concluir de leer la novela, y cómo nos sentimos pequeños é impotentes para contrarrestar esas llagas sociales! El que no sufra leyendo tales libros es por que pertenece á los alienados de locura idiopática congénita ó adquirida.

Y esto que decir acabo sobre *Germinie Lacerteux* se aplica perfectamente á todos los demás libros de novela de los Goncourt. ¿Pero, cómo es que dan al lector la percepción clara de esos exámenes detenidos de un hábito día por día, hora por hora? ¿Cómo llevar hasta su ánimo la generación y evolución de una costumbre? ¿Cómo hacerle sentir la vida del personaje, y su transformación completa, radical, por medio de un nuevo hábito? Aquí llegamos á una interesantísima cuestión de procedimiento artístico cuya base filosófica acabamos de examinar. La descripción detenida y profunda de estados sucesivos, es todo el enigma. Por medio de ella, según hemos visto, se llega á explicar el cambio radical sufrido por un personaje. Hemos puesto como ejemplo á *Germinie*, la criada histérica; y Ja hemos visto honrada primero, perdida al fin.

(1) *L'Habitude*.



Imposible sería negar el poder de este nuevo medio empleado por los autores de *Sor Filomena*. El estudio detenido, lento, repetido, continuo de un estado, hace su percepción más clara, y penetra en el ánimo del lector sin que éste se dé cuenta. A un me lo semejante se debe la impresión profunda que nos causan los libros de Pierre Loti; y si esto decimos del autor de *Mme. Crisanthème* ¿qué no será de los de *Germinie Lacerteux* que se hallan cien codos por encima de aquél?

Veamos, pues, la forma en que los Goncourt nos dan ese examen minucioso del desarrollo de un hábito. Para hacerlo, dividen sus narraciones en una serie de pequeños capítulos cuya yuxtaposición forma la línea total de un hábito, como las piedras de un mosaico, colocadas las unas al lado de las otras, forman las líneas de un dibujo. (1) Y tal es, en efecto, el medio empleado por los Goncourt. El estilo se hace así más llamativo, más tupido—si se me permite la palabra;—alcanzan el medio de incrustar en el cerebro del lector, el hábito que tratan de hacerle notar. Por esa sucesión de breves impresiones, ora repetidas, ora brevemente modificadas y siempre sentidas y mejor descriptas, consiguen darnos la impresión total deseada y, cuando menos lo esperamos, después de unas cuarenta hojas, nos encontramos con que el mismo personaje es completamente distinto del que encontramos al principio. ¿Por qué es esto? Porque inconscientemente hemos seguido el proceso evolutivo del hábito en ese personaje, y al hallarle formado no nos admiramos. Hemos vivido, por decirlo así, la vida del personaje de la novela y comprendemos que, dadas las mismas circunstancias de la obra, no podía ser de otro modo.

Y he ahí por dónde venimos a encontrar otra nueva explicación de la teoría de la sensibilidad gonoriana—valga la adjetivación—que con tanto empeño traté de exponer en mi parágrafo II. Precisamente por que los autores de *Madame de Pompadour* han afinado su sensibilidad al extremo de poder percibir los caracteres constitutivos de cualquier sensación, su génesis, su evolución, la formación de la imagen, la asociación de éstas, etc., es que en sus novelas logran pintarnos con tanta verdad y tal lujo de detalles esos estados sucesivos que median entre un hábito y otro, su sucesor.

Quien de tal modo,—como los Goncourt,—ha podido penetrarse de todo el alcance y fuerza de las sensaciones; quien haya educado su gusto al punto de comprometer su salud, luchando no sólo con las palabras del idioma, sí que también con el *documento humano* al cual se trata de arrancar el secreto de su ser y de su vida, forzosamente ha de darnos, mejor que otro cualquiera, la generación de un hábito.

El realismo ha la así una nueva manifestación en los Goncourt y la verdad no se encuentra falseada por el empleo de un estilo pictórico, antes bien le presenta un marco lujoso y de gran valor. Véase *Germinie* (pues que ya hemos citado este libro).

(1) Paul Bourget. *Op. cit.*

¿Quién le acusará de falso á pesar de las dos fases extremas que nos presenta esa criada? Nadie, seguramente; y creo que nos reíríamos del libro á no tener el desenlace que él tiene.

Y en esto, confesemos que los autores de *Ideas et sensations* no hacen más que adaptarse á los preceptos de la escuela naturalista. El estudio de los tipos sociales (Balzac), de una neurosis hereditaria (Zola), de un caso psicológico (Bourget), de una costumbre frente al medio en que actúa (los Goncourt), tales son los puntos principales que encierra la moderna escuela literaria. Apresurémonos á advertir que no son éstos los únicos, pues todo lo que viva la vida de la realidad préstase al estudio que emprende dicha escuela. Por ello tenemos esos dramas íntimos y encantadores de Daudet, las impresiones eminentemente personales de Maupassant, los bosquejos sobre datos históricos de Flaubert, formando parte del grandioso escenario naturalista.

Los Goncourt aceptan la doctrina de que la realidad es el único elemento que en nuestra época puede tender á formar la obra de arte, y estudiando la naturaleza y determinados caracteres es que coadyuvan á ese fin. Aceptan la vida tal cual es y los seres humanos tal cual existen. ¿Acaso se necesita más? No tiene igual mérito, sino superior, el examinar un estado psíquico y narrar una monografía, la historia sencilla de un personaje, á hacer una novela de intriga, con muchos cuadros emocionantes é imposibles? Yo creo—dice Edmundo de Goncourt en el prólogo de *Querida*—y atacando las obras de Sué, Soulié, etc.—que la última evolución de la novela, para llegar á constituir definitivamente el gran libro de los tiempos modernos, ha de convertirse en un libro de puro análisis. No es otra cosa que lo que sostiene Zola en todos sus trabajos críticos.

La trama novelesca no es ya el fin de la novela. Ya ha pasado de moda aquel informe montón de escenas tenebrosas ó extraordinarias de que se hallan preñados los libros de Alejandro Dumas y Eugenio Sué, como los amoríos imaginarios de Jorge Sand; ya no se estilan las novelas históricas ni de tesis con cuyo peso gimen las bibliotecas y sólo las modistillas y gentes rurales ó cursis se entretienen con los novelones estúpidos y los folletines mamarrachos; hoy la novela es simplemente observación y análisis. «Los hechos—dice Zola—no son sino el desarrollo lógico de los personajes. La gran labor consiste en presentar seres vivientes que desempeñen ante los lectores la comedia humana con la mayor naturalidad posible.»

Pero, ¿querrá esto decir que la imaginación no tiene ya nada que hacer en la obra de arte, como pretenden algunos espíritus encogidos y críticos desmoralizados? Nada más erróneo, sin embargo, como lo demostraré.

Yo alabo y admiro la imaginación de un Daudet, de un Dickens, de un Turgueneff, de un Pereda; pero esa otra desdichada que engendra tamañitas aventuras de estocadas, raptos, envenenamientos, intrigas, conciliábulos tenebrosos, monasterios asaltados,

con almas tan puras y caudorosas que se derriten como un cirujó á viciosas y malvados como las de un antropófago hambriento; esa otra imaginación de rutina, de herumbosos resortes que, con ligeras variantes, presenta siempre los mismos tipos y escenas del mismo corte, esa téngola por disparatada, de mal gusto y de una sosería enervadora y quintesenciada. Mas que genio, demuéstranos en su autor un espíritu infantil.

El naturalismo, pues, no acepta la imaginación si por tal se entiende la *invención* fuera del sentido de *lo real*. Falsear los hechos, entregarse á los vuelos de la fantasía, inventar caracteres como en el mundo no hay (Hugo), llevar á puñetazos un cuento para que encaje en un determinado final, tal es la imaginación idealista. Poco importa, por lo demás, que se pretenda darle un tinte de verosimilitud; siempre será algo que no sale de lo posible y real.

Pero el naturalismo acepta la imaginación si por tal se entiende la facultad de hacer hermosos los hechos de la vida.

«Tomad—dice Zola en *Le roman expérimental*—hechos verdaderos que hayáis observado en vuestro derredor, clasificados en un orden lógico, llenad los intersticios con la intuición, realizad el maravilloso resultado de *infundir vida á los documentos humanos*, una vida propia y continua adaptada á un medio, y habréis en tal caso ejercido en grado superior, vuestras facultades imaginativas.» Por ejemplo: *Los hermanos Zenganno* de Edmundo de Goncourt. El autor ha estudiado lo que son dos clowns por medio de documentos exactos; ha analizado el medio en que éstos viven; véase del estrecho vínculo personal que le unía á su hermano Julio, para inculcarlo en Gianni y Nello, y luego *llena los intersticios* con una hermosísima «realidad poética» cual es la del capítulo XXXVIII y con una aventura convencional, pero que puede ser cierta que es la del tonel de madera sustituido por otro de tela por la vengadora amazona del circo y debido al cual Nello, el menor, se rompe las dos piernas. Así es como entiende el naturalismo la imaginación, y creo no habrá nadie que acuse á *Los hermanos Zenganno* por falta de ella. «La tarea de la imaginación—prosigue Zola—no opera sobre los acontecimientos y los personajes, sino que se aplica al análisis despistado y simbolizado de los acontecimientos y los personajes.»

La causa que ha engendrado tan graves errores y que ha llevado á críticos y artistas á darle á la imaginación un oficio que nunca hubo de desempeñar en las obras literarias, está en la mala interpretación que se ha dado á ese fenómeno de la «asociación constructiva», según llama Bain á la potestad de imaginar.

No debemos, ni corresponde á este estudio, analizar el fenómeno de la constructividad (*constructiveness*) que, por otra parte, el lector puede estudiar en los notables libros de Bain, Stuart Mill, Herbart y Müller, tan sólo indicaré una de sus leyes generales, cuya verdad es por todos reconocida. Nosotros sabemos que así como la «asociación por contigüidad» sirve para adquirir y la

«asociación por semejanza» para descubrir, así la «asociación constructiva», ó teoría de la imaginación, es aquella por medio de la cual el espíritu puede formar combinaciones ó agregados diferentes de todo cuanto se le ha ofrecido en el curso de la experiencia.»

Y es esta ley, precisamente, la que no ha sido comprendida. Se cree que ella dice que el hombre inventa ó crea. No, y mil veces no. Es por intermedio de la asociación por contigüidad y de la asociación por semejanza que el hombre pone en actividad la asociación constructiva: suprimáse aquellas y ésta no existirá. El hombre vive una vida de relación y sólo entiende los fenómenos por términos de comparación. De lo existente, de lo real, es que pasa á lo ficticio, á lo imaginario, pero la recíproca no podría existir. Si nosotros no conociéramos el mundo físico, no «crearíamos» el fantástico. Valga el siguiente ejemplo: Supongamos que un pintor ha contemplado nuestra bahía en una espléndida noche de luna. Pues bien, dicho artista, sin haber salido nunca de Montevideo, y por medio de la asociación constructiva, puede imaginar lo que será una noche en medio del Atlántico, y pintarla. Pero nunca lograría esa pintura si no hubiera presenciado el cuadro que presenta nuestra bahía durante una noche de luna, y menos aún, si viviendo en el interior de la República, nunca hubiera visto el mar.

Está, pues, claro que no se ha interpretado la ley psicológica tal cual la entiende el mismo Bain, y de ahí errores sin cuento y afirmaciones grotescas y vanas.

Una cosa es poetizar, hacer hermoso el estilo, y otra falsear la realidad pretendiendo hermosearla. La realidad siempre es bella; la tarea del artista consiste en reflejar esa belleza. ¿Como? Haciendo un estudio paciente del estilo. Y es por que lo han comprendido así los eximios literatos franceses, que Edmundo dice terminantemente: «El novelista que desee sobrevivir, continuará esforzándose en poetizar su prosa; continuará queriendo un ritmo y una cadencia para sus períodos; continuará buscando la imagen pictórica; continuará persiguiendo un epíteto raro; continuará combinando en una expresión, según un delicado estilista de este siglo, *demasiado* y el *bastante*; y no se abstendrá de un giro que pueda disgustar á las sombras de M. M. Noël y Chap-sal, pero que le parezca infundir vida á su dicción, ni rechazará vocablos que llenan una laguna entre las raras voces que permite circular en sus carrozas la Academia; usará, en fin, ¡sí, por Dios! un neologismo, desafiando todas las indignaciones de críticos que ignoran en absoluto que todas las locuciones empleadas diariamente, eran neologismos abominables en el año 1750.»

Hé aquí el mejor resumen que se pueda hacer de todo el mágico estilo de los Goncourt. En esa franca manifestación se encierra el germen de su doctrina y el misterio del alma de sus libros. Nada debo agregar ya sobre esta materia.

(Continuará).

VICTOR PÉREZ PETIT.

## PIEDRA ALTA

CUADRO NACIONAL

Bajo los verdes árboles frondosos,  
Que ven pasar la rápida corriente  
Del río, que ya plácido ó rujiente,  
Va á terramar sus senos abundosos  
En el cauce del gran Santa Lucía,  
Contemplaba una noche, no muy lejos,  
Llena el alma de paz y de alegría,  
De la cándida luna á los reflejos,  
La heroica villa, que la patria historia  
Corona ya de perennal memoria.

Como dormida entre los mil rumores  
De su cielo, su tierra, y sus raudales,  
Aspirando el frescor de los sauzales  
Y el aroma sencillo de sus flores,  
Silenciosa y tranquila se extendía  
En su dulce cuchilla de esmeralda  
Mientras el astro del poeta hercénico,  
De suaves perlas su florida falda,  
Y de su trono azul, casto y risueño  
Fiel custodiaba su encantado sueño.

Del lugar do yo estaba no distante  
La granítica roca *Piedra Alta*  
Entre arbustos bellísimos resalta,  
Como el dorso potente de un gigante  
Que con fuerza titánica estuviera  
Saliendo de su antigua sepultura;  
Y en esa piedra cae y reverbera  
De los astros la luz radiante y pura,  
Cual si grabar quisieran en su frente  
De otra época el nombre y de su gente.

En admirable cuadro de hercismo,  
Que el pasado á mi mente presentaba,  
Mi juvenil memoria se extasiaba:  
Valor, abnegación, virtud, civismo,  
Prendas de aquellos tiempos ¿do habeis ido?  
¿Porqué su sol no calentó mi alma?  
¿Porqué tan tarde, cielos, he nacido?  
Pero aquí, en esta luz y en esta calma,  
Híz que resurja, genio de la gloria,  
Ante mis ojos la pasada his'oria.

Repentino esplendor invade el monte,  
Como si un astro ignoto se acercara  
Y sus mares de luces arrojara.  
En medio de la noche al horizonte.  
De los espacios mano misteriosa  
En un instante apaga las estrellas,  
Palidece la luna, y fulgorosa  
Nube de dulces vívidas centellas  
Enciende el aire, todo lo circunda,  
Y en bella aurora la Florida inunda.

Despierta el bosque, trémulo, agitado,  
Por millares de alas conmovido,  
Y á los besos del aura estremecido  
Flores derrama y hojas sobre el prado.  
Como oyendo el cantar de los zorzales  
Se alegra el río, salta susurrante,  
Arrastrando en sus líquidos cendales  
Corrientes de zafir y de diamante  
¡Oh día inesperado! Canta, lira,  
Canta, que ya la libertad se aspira.

Sobre el luciente azul del horizonte  
Los ginetes se esmañan; la cuchilla  
Descienden otros, cuya lanza brilla  
Como encendida tea; de aquel monte  
Un grupo sale que anheloso avanza  
Y sus caballos apurando briosos  
A la dormida villa se abalanza.

¿Quiénes son esos hombres, que animosos  
Así se juntan con la frente alzada  
En su patria infeliz esclavizada?

¿Quiénes son esos hombres que así mueven  
Del señor de su tierra los furoros,  
Y ciñendo sus corvos tajadores  
A hablar de patria y libertad se atreven?  
¿Quiénes, pregunto, quiénes? Son aquellos  
Que en Catalán dejaron empapada  
Con su sangre los campos. Sí, son ellos,  
Los gauchos patriotas, los que nada  
En sus cargas detiene ni amedrenta  
Para lavar de su país la afrenta.

Aun no ha sonado del clarín guerrero  
Por las cuchillas la vibrante nota  
Y ya do quiera el paisanaje brota  
Como yerbas después del aguacero.  
Rumor de libertad llegó á sus ranchos,  
Y saltaron sus potros y partieron;  
Las altas lomas y los valles anchos  
De la patria, gozosos los sintieron  
Romper el aire, estremecer la tierra  
Cual los hijos ardientes de la guerra.

De sus caballos al trotar violento,  
Despiértase la villa; en un instante  
Surge la animación, y delirante  
Grito de libertad esparce el viento. . .  
Pero ¿quién mora bajo aquel ruinoso  
Techo pajizo que á distancia veo?  
¿Por qué todos se agrupan, y ardoroso  
De entrar y ver demuestran el deseo?  
¿Será acaso el caudillo cuya espada  
Les volverá la libertad amada?

Es el caudillo, sí, pero el caudillo  
Legítimo, inmortal de las naciones;  
El que al abrir al aire sus pendones  
Hace temblar los déspotas; su brillo,  
Y su inmenso poder y su pujanza,  
Cuando estalla su voz, su voz de trueno,  
Enardecen las almas; nada alcanza  
A detener su impulso, ni e sereno  
Grandioso palpitar de su heroísmo.  
¿Aun no sabeis quien es? El pueblo mismo.

En ese rancho humilde, vacilante,  
Que tiembla al paso de apacible viento,  
Hay quince ciudadanos; de su intento  
Y voluntad suprema palpitante,  
El pueblo en ellos la virtud condensa;  
Dios y la patria su palabra atienden,  
Y llenos de una fe grandiosa, inmensa,  
El primer fuego de la ley encienden.  
¡Alzaos, alzaos en vuestra tumba incierta  
Héroes del Catalán y de Inlia Muerta!

Cual la tonante voz del Oceano  
Súbita aclamación llegó á mi oído;  
Era de patriotismo un grito henchido,  
Era la voz del pueblo soberano,  
Que á sí mismo ferviente se aclamaba  
Al saludar á su primer congreso,  
Y á la cara del déspota arrojaba  
Como infamantes pruebas del proceso  
Aquellas actas que al falaz Imperio  
Nos ataban en torpe cautiverio.

¿Qué haceis? ¿Qué haceis? La hora venturosa  
Del Rincón en los cielos no ha brillado,  
Ni en Sarandí la loma ha retumbado  
Con la carga terrible, impetuosa  
De los bravos gauchos; ¡imprudentes!  
Rodeados por do quier de las legiones  
De un monarca orgulloso, vuestras frentes  
Mañana rodarán en sus prisiones,  
Y nuestro heroico é inmortal martirio  
¡Ay! llevará su gozo hasta el delirio.



A mi duda cobarde respondiendo,  
Aquella masa que el valor domina  
Hacia la Piedra Alta se encamina  
Y su extendida falda va cubriendolo.  
Coronan luego la robusta roca  
De aquel pueblo viril los elegidos,  
Y como si de Dios la misma boca  
Sus preceptos dictara, enternecidos  
Todos los oyen, todos los contemplan  
Y en sus palabras el valor retemplan.  
Así los hijos de Israel, un día  
De gran legislador la ley oyeron,  
Cuando bajando del Sinaí lo vieron  
Que en la luz de Jehová resplandecía;  
Ni con mas ardimiento ni mas brío  
La profética voz llenó sus almas.  
Para lanzarse en el desierto impío  
A conquistar inmarrascesibles palmas.  
¡Dios y la libertad, vosotros solos,  
De heroísmo y virtud sois los dos polos!  
¡Oh piedra memorable! Sostenido  
Por tu ciclópea espalda, bajo el rayo  
De un sol esplendoroso, sin desmayo.  
Ni temores, ni dudas, ó impellido.  
Por su virtud, su honor y su derecho  
El uruguayo pueblo se alzó ardiente  
Y del alto opresor, pedazos hecho,  
El infuso baldón lanzó a la frente.  
¡Ázate y mira, heroica democracia,  
Ese rasgo sublime de tu audacia!

Volvió á caer el bosque entre la bruma,  
Callaron las calandrias y zorzales,  
Se deslizó la sombra en los sauzales  
Del río cubriendo la nevada espuma,  
Durmíose la Florida en su ladera.  
Aspirando la brisa de la altura,  
Y en la piedra gloriosa reverbera  
De la luna y estrellas la luz pura,  
Cual si grabar quisieran en su frente  
De otra época el nombre y de su gente.

RAMÓN DE SANTIAGO.

Agosto 25, 1884.

## EL REGALO DE BODA

I

La sala estaba completamente llena de invitados. Las mujeres con sus trajes claros, adornados de finos encajes ocupaban la mayor parte de los asientos, embalsamando la atmósfera con el suave perfume de sus *toilettes*; los hombres, con sus fracs negros, de pie, repartían esas sonrisas estudiadas de salón y alguna que otra palabra vaga que se perdía entre el eco argentino de las risas femeniles.

No se esperaba más que al Juez de Paz para dar principio á la ceremonia nupcial; el sacerdote, uno de los más distinguidos prelados de la diócesis, sentado en el sofá de la antecala, hacía un cuarto de hora que era asediado por continuas preguntas de un grupo distinguido de señoras.

—Monseñor—decía la madre de la novia en ese momento—¡qué ignominia tenemos que soportar con esa nueva ley que ha establecido el matrimonio civil obligatorio!

—Espero, confiado en Dios, señora,—contestó con gravedad el prelado—que tal ley no durará más de lo que dure este oprobioso gobierno, . . . Y ese día, me parece que no está muy lejano. . . .

—Yo pensaba—volvió á decir la señora—haber hecho esto de mañana, en traje completamente de casa, para no darle importancia; pero Julio dijo que tenía muchas cosas que hacer antes de casarse y no podía perder el tiempo. Seguramente, el Señor Juez estará esperando que lo mande buscar en carruaje. ¡No faltaba más! ¿Sentarse él en mi carruaje? Sería darle demasiada importancia . . . ¿no le parece, monseñor?

El prelado no pudo mantener su gravedad de ministro de la iglesia, y una risa nerviosa quiso desbordarse en él, viniendo á morir en sus labios en una sonrisa fugitiva. Los padres de los novios estaban impacientes por la tardanza del Juez de Paz. Julio, también impacientado, había intentado por dos veces mandarle buscar; pero su futura suegra se había opuesto diciendo que bien podía venir solo, que no se iba á perder por el camino.

Pero al fin tuvo la señora que desistir de su propósito porque las horas se pasaban y el Juez de Paz no aparecía. Resolvió, pues, que fuera en su busca el mucamo en un carruaje de plaza.

II

Habían dado las nueve en la catedral. La sala estaba radiante de esplendor; los mecheros de gas irradiaban luz por todas partes reflejándose sus rayos en los espejos de Venecia, el dorado de las consolas, los bronces, los bibelots, los cuadros, y perdiéndose por fin en el fondo granate oscuro del empapelado. De cada cenefa dorada caían hasta tocar la alfombra de Bruselas sembrada de flores color oro en un fondo marrón, dos grandes cortinas, una blanca de gipure y otra de damasco carmesí, dando así una nota regia á aquel soberbio cuadro.

La conversación se había hecho más animada aunque menos general; los hombres abandonando las frases obligadas ensayaban la elocuencia del amor, embriagados por el ambiente tibio de aquella atmósfera perfumada, por las notas armoniosas de tanta bella mujer de chispeantes ojos, de graciosos contornos y de sonrosados escotes.

Julio, sentado en el sofá junto á su prometida, acariciaba en la imaginación la luna de miel tan codiciada, que recién al sentir el hábito tibio y aquellas vagas timideces de la mujer que pronto le pertenecería por completo, vislumbraba desvaneciéndose sus recuerdos de calavera arrepentido.

—Mira, Carmen, le dijo en un momento de éxtasis, estos minutos que pasan son los que más largos me han parecido en mi vida . . . .

Ella con una sonrisa de niña quiso hablar, pero sus palabras apenas asomaron á los labios. ¡Quién sabe lo que iba á decir! ¡Estaba tan ajena á ese casamiento! Sus padres le habían aconsejado que se casara con Julio, único vástago de una distinguida familia, heredero de una gran fortuna, y luego

de sus mismas creencias, y ni siquiera se había dado cuenta de su posición.

Había aceptado los amores sin protesta y ahora veía el desenlace legítimo é inevitable, y allá en el fondo de su alma sentía algo como el orgullo de la mujer que se sabe amada, acaso el amor mismo que tendía sus invisibles redes en aquel corazón de virgen.

Sus diez y seis años, la mayor parte de los cuales había pasado en el colegio, entre las prácticas severas de un establecimiento monástico, le hacían ver su porvenir de esposa coronado por una aureola celestial, propiciado por las santas de su predilección y aquellos angelitos rubios y sonrosados, de blancas alas, cuyas voces parecían haber oído muchas veces en el silencio del oratorio.

Julio era altamente simpático, un joven de ojos pardos, de barba negra algo rala, de cutis pálido pero terso, de cuerpo elegante y modales distinguidos; contaba apenas veinte y cinco años, pero algo había en su fisonomía que revelaba muchos más.

Después de haberle hablado, contempló un momento aquellos suaves contornos de mujer adolescente que se dibujaban tras el velo de novia y el vestido de blanca seda adornado profusamente de azahares y quedó ensimismado en un éxtasis voluptuoso. Ella sintió el fuego ardiente de aquella mirada pareciéndole que traspasaba sus vestidos y le quemaba la piel, y se ruborizó como esas flores del norte que acaricia el sol del medio día; ocultó sus ojos verdes bajo el cielo de sus blancos párpados guarnecidos de abundosa pestaña, dejando ver sólo su perfil de virgen de Rafael.

Por fin llegó el Juez de Paz; colocó el expediente y el Código Civil sobre una mesa que se hallaba en el centro de la sala, de palo de rosa con incrustaciones de nácar, y todos se aproximaron con una displicencia rayana en menosprecio.

III

Hacía rato que el portero había visto en frente á los balcones, en la acera contraria, un muchacho al parecer vendedor de periódicos, que observaba con mucha atención los movimientos de la sala. De pronto sacó de tras de la puerta de un zaguán un envoltorio, y atravesó.

—Un regalo! díjole al portero; subió con precipitación la escalera y abriéndose camino entre la concurrencia que obstruía la sala colocó sobre la mesa su extemporáneo regalo, en el mismo instante en que el Juez de Paz se disponía á dar lectura al expediente matrimonial.

—Para el novio, . . . volvió á decir, y desapareció. Alguien quiso llamarlo, pero ya estaba en la calle.

La futura suegra de Julio empezó á desentenderse notándose en su rostro la picantona sorpresa de que se hallaba poseída.

—Algún obsequio interesante ha de ser, decía mientras desataba unas cintas. ¡Hay gente tan ocurrente! ¡Quién sabe si no eres tú, Julio, que quieres sorprendernos! Y fué sacando nerviosa varias gasas de tul de seda; pero al levantar la última un grito ahogado salió de su garganta.

En un canastillo de paja dorada se hallaba, más bien que una criatura humana, un angelito de ojillos pardos, chupándose los dedos de la mano derecha. En un papel blanco colocado sobre su pecho se veía escrito en letras grandes y negras: *Tu hijo*.

Julio sintió una ola de sangre que se le subía á la cabeza. Hubiera querido tomar aquel envoltorio y arrojarlo al medio de la calle. ¿Mi hijo? ¡miente, miente! ¡Es un atrevimiento! ¿Quién se burlaba de seme jante modo? ¿Que saquen esto de aquí! Pero se contuvo al ver aquellos dos ojitos que lo miraban con tanta dulzura mientras el chico seguía chupándose los dedos.

¡Era su retrato! El instinto de padre, lo que las fieras mismas no repudian se sobreponía á su desagrado, y Julio sintió el estremecimiento de un amor extraño, algo que lo atraía hacia aquella criatura y no le permitía negar su paternidad. . . Se inclinó para besarle, pero la vergüenza, la felicidad soñada perdida en un momento de debilidad, le hizo contener aquella ráfaga de cariño y se quedó inmóvil, como una estatua.

En tanto Carmen había caído desmayada en brazos de una amiga: su madre, llena de rabia, quería llorar de desesperación. ¡Un casamiento tan codiciado! ¡Que ella, casi podría decirse, lo había hecho! ¡Un buen partido como dicen en los salones, verlo en un momento perdido, desecho, evaporado por la sola presencia de ese cuerpecillo ruin que se revolvía alegre en el canastillo y parecía mas bien de pan que de carne! ¡No era posible! Y miraba á Julio y á su esposo, que parecía petrificado al lado de la mesa, esperando una explicación ó una palabra de aliento. Pero nada; todos estaban en silencio, como custodiando algún cadáver.

El padre del novio fué quien apenas se inmuto: conocía la historia detallada de aquel niño. Una de esas historias vulgares que *sotto voce* corren de boca en boca por los salones. Su hijo hacía como dos años que había tenido amores con una hermosa panaderita. Apretexto de casarse hablándole de su casa ocultándole en una quinta de las inmediaciones de la ciudad y viviendo apenas un año con ella. La pobre niña abandonada volvió á la casa paterna llevando en sus entrañas el fruto de su deshonra.

Habían sufrido tanto los padres con su ausencia que al verla de nuevo le perdonaron su falta y olvidaron su pasado. Ahora que ella sabía que Julio se iba á casar con otra, quiso vengarse, mandándole el hijo en el mismo instante de su boda, para que participara también del dolor y la vergüenza que ella tanto había sufrido . . .

IV

¡Fué solo un momento de estupor ó todo se reducía á una broma de mal género, á una picardía que quisieron hacerle á Julio algunos mal entretenidos, ó alguna de esas mujeres perdidas que se burlan de su propia desgracia. . . .

—Está tan perdido el mundo, decía la suegra, hay tan poca religión y luego tanta envidia, que quizás sea alguna amiga de Carmen la autora de esta infamia. . . .

Tomó el Juez de Paz el Código Civil y

empezó á leer los artículos pertinentes al caso, mientras, en la pieza contigua, el sacerdote acurrucado en el fondo de un sofá murmuraba entre dientes algunas oraciones como para cohonestar la lectura pecaminosa de la ley Civil. . . .

JOSÉ ANTONIO MORA.

## Sua Eccellenza il marchese La Force (1)

Á Francisco Costa

La cuesta aquella parecía interminable. . . . Encajados dentro de una rotosa y desvencijada berlina de provincia tirada por por dos pequeñas mulas, aún más rotosas y desvencijadas, íbamos mi padre, mi tío, el mayordomo de su Eccellenza il marchese La Force y yo.

El mayordomo, infatuado y lleno hasta los bordes de toda la prosopopeya de una majestad egipcia, estaba sentado al lado mío, ocupando con sus gruesas asentaderas todo el lugar que la mala suerte nos había destinado á ambos.

Maldecía yo la estrechez en que me había colocado, y renegaba de la ocurrencia del señor marqués por haber enviado á la estación del ferrocarril á aquella mole rotulada con el pomposo nombre de mayordomo para conducirnos al *castello* del Mascherone, nuestra futura residencia.

Entre la mezcla confusa de los ásperos chirridos de los muelles de aquel pesado armatoste y los gritos desemplados del cochero, que parecía increpar duramente á las mulas por su tardío paso, oía yo la alegre charla y las gruesas risotadas de mi tío que, con expresiva mímica, contaba á mi padre no sé qué aventura picaresca de su época de estudiante. Gravemente escuchábamos la conversación: mi padre conteniendo á duras penas la risa que por dentro andábase haciendo cosquillas por soltarsele, el mayordomo ídem por no faltar al respeto que debía á los futuros huéspedes de su señor y este *neue* para no darse por entendido de ciertos chistes más que picantes y que á mi edad tenía la obligación de aparentar no saberlos.

El camino que seguíamos en forma de zig-zags sobre la ladera de aquella pequeña montaña no estaba del todo mal apisonado pero el cochero poco cuidado tenía en salvar alguno que otro bache ó zanja, formada por el agua de las fuentes, haciéndonos hamacar dentro de la berlina-la cual se permitía el lujo de sendos vaivenes, quizá porque conociera en nuestra figuras el plebeyo origen ó por haber oído al grueso mayordomo tratarnos simplemente de señores, sin anteponer á nuestros comunes apelativos siquiera un triste título de *cavaliere* ó *commendatore*, de los que en Italia se le regala á cualquier empresario teatral.

A medida que el sol caía al occidente el

(1) Capítulo de un libro de memorias, inédito, rotulado *Recuerdos de Italia* que se publicará algún día siempre que el diacero lo permita y algún crítico no lo impida. —NOTA DEL AUTOR.

frío se hacía más intenso y yo abotagado y casi aburrido, miraba con desaliento á través de los empañados cristalotes de la ventanilla, el paisaje que ante mi vista parecía retroceder lentamente.

De trecho en trecho, en los bordes del camino, encontrábamos hermosos castaños y olivos con sus perennes hojas é hileras de álamos larguiluchos, cuyas hojuelas secas se revolvían por el suelo, como pesarasas de abandonar á los que les habían dado su pasada vida. Las encinas de robustos músculos, habían casi terminado de arrojar sus afiladas hojas, cual gladiadores que se despojaban de sus verdes mantos para luchar con más soltura con la fiera terrible del invierno.

Los naranjos, con sus amarillentos fratos, figurábanse mujeres japonesas que mostaban sus senos por los entreabiertos pliegues de sus vestidos esmeraldas. Luengas filas de escudidos manzanos y perales tendían al cielo sus cenicientos brazos solicitando del sol que moría un poco más de calor; y los guindos retenían en los extremos de sus ramas los restos de su pasada fecundidad alguna que otra guinda seca y negruzca.

Las pobres moras lagrimeaban sus gotas de goma, mientras los zarzales, rojos por el frío, gozaban al ver la desnudez de sus vecinas. ¡Al fin y al cabo zarzales! ¿Qué sentimientos buenos podían tener estas plantas tan vilipendiadas por los poetas?

Varios *passeri* (gorriones; joviales y bailarines, pasaban rozando á nuestra berlina y con sus agudos *pis-pis* hacían contraste alegre á los resoplidos de las cansadas mulas que ora avanzaban á tirones, haciéndonos mecer horriblemente, ora deteníanse para recoger, al paso, un manojito de ruda hierba, cuando el cochero daba tregua á sus brazos.

Allá lejos cruzaban el espacio con dirección al mar, silenciosa y suavemente, formando un ángulo agudo, una bandada de patos silvestres, sin dignarse siquiera en su esbelta y rápida marcha descender á las bajas regiones donde nosotros, cual vanidosas hormigas, tratábamos de subir una áspera cuesta teniendo aún la osadía de elogiar la prontitud y la comodidad con que se viaja en estos buenos tiempos.

Una cigüeña había echado sus reales sobre los derruidos restos de una choza y desde allí filosóficamente meditaba sobre la dézlenabilidad de los tiempos, permitiéndose, de cuando en cuando, lanzar sus estridentes gritos ó atíricos graznidos que con un poco de buena intención y mucha perspicacia podría encontrarse cierta semejanza con el tradicional *«o tempora o mores»*, de Cicerón, pronunciado por un orador fogoso y enronquecido.

Y á través de toda aquella vegetación que dormitaba veíamos por momentos hermosas casitas, con sus rojos ladrillos y pintarrageadas galerías, cubiertas por las secas enredaderas. Lindas niñas, con las narices enrojecidas, salían á la puerta al oír el poco harmónico sonido de nuestra berlina, y los muchachotes se permitían retardar nuestra llegada al *castello* "haciendo coladera, sin cuidarse de los resongos del cochero y sin miedo, tampoco, al látigo, pues bien sabían



que no llegaría hasta ellos por ser corta la trenza.

Una rolliza aldeana con un haz de leña sobre la cabeza pasó cantando una sentimental canción napolitana. Tenía los pómulos coloradotes y bailábase el seno como una cuajada al compás de sus robustas caderas. Vestía corsete negro, que ceñía el talle; tiradores de terciopelo, que comprían sus hombros y por la entreabierto camisa dejaba entrever su cuello. Ataviada con tantos encantos naturales y de adorno, claro está que atraía, cual poderoso imán, las miradas de mi tío y las de mi padre.

—¡Che bel pezzo di donna!—murmuraban, encanto que yo, para mis adentros, encontraba demasiado *bel pezzo* para dos seres que comenzaban a entrar en la edad de las pasiones moderadas.

Unos «fulanos» atrajeron nuestra atención, por un momento, haciéndonos oír los falsetes de una zampoña y de un *piffero*.

Grupos de *pacchiane* (aldeanas), llevando sobre la cabeza un barrilillo de forma alargada; iban en busca de agua a los pozos vecinales, formando barulientos coros, sin temor de enterar a los transeúntes de todos sus secretillos amorosos, pues se los descubrían a porfía y en voz alta. Y al paso de nuestro cochero y su distinguida recua (habló de las mulas) se inclinaban cortésmente, con movimientos de muñecos de cordelito.

A medida que avanzábamos el paisaje entristecía, la vegetación iba siendo cada vez más pobre y llegábamos a la zona donde sólo vegetaban los negros pinos y abetos y las incultas zarzas. Influidos por el ambiente mi tío había perdido su locuacidad y miraba indiferente el camino, entanto que mi padre, con la vista perdida en el espacio, quizá pensaba en la rolliza aldeana; el mayordomo, por su parte, soñoliento y estúpido, cada vez que el sueño le inyectaba su dulce veneno, se meneaba con la suave placidez de un beato, comprimiéndome de un modo horrible (¡que Dios le perdone, porque lo que es yo ni en el día tan mentado del juicio final!) y yo, por la mía, trataba de recordar el padre nuestro con que lograba hacerme roncar la nodriza, por si era llegado mi último momento.

Por fin llegábamos al término de aquel pesado camino, que venía a concluir en un antiguo portalón casi derruido por el tiempo y en cuyo frontis se ostentaba una horrible y contrahecha fisonomía debajo de la cual leíase en letras mohosas y casi borradas

#### IL MASCHERONE

Detrás del portalón, y entre dos filas de álamos que circúan ovalados canteros, extendíase una enarenada senda que llevaba a el lugar donde en otros tiempos debió estar el foso, en el cual más de un heroico caballero, durante impetuoso combate, hubo de caer herido por certera azagaya arrojada de lo alto de las almenas, y que hoy estaba relleno de tierra y según supe después, esa tierra era de la mejor para sembrar patatas y coles! ¡Oh, irrisión de los tiempos!

Imponente y majestuoso a la vez elevábase *il castello del Mascherone*, cuyo frente lo formaban dos anchos y no muy altos to-

reones, a los costados de una maciza puerta de charra construcción. Paredes cubiertas de musgos, con negras troneras, irregulares almenas y ventanas ojivales rodeadas por raquíticas hiedras y aceradas espinas. (El que crea que este párrafo es una copia fiel de cualquier novela de Walter-Scot, estará en lo cierto.)

No muy alejada de la puerta había una perrera en cuya cadena permanecía estoicamente ligado un grueso mastín que al descender nosotros de la berlina nos atacó furioso; pero apaciguándose luego que el cochero húbole explicado nuestra calidad de huéspedes de su Señor.

Inmediatamente presentáronse ante nuestras humildísimas personas dos serenísimos servidores enjaezados con un lujo humillante y anticuado, y uno de ellos con enfático discurso tuvo a bien el explicarnos que su *Eccellenza il signor Marchese* había tenido que salir urgentemente, que no tardaría en volver, que le honráramos disculpándolo y que patatán, que patatán; parecíame un pavo, de los no reales, por su figura pedante y por su voz de falsete, aunque dicen por ahí que algunos pavos no suelen hablar.

Antes de introducirnos en nuestro futuro domicilio observamos el paisaje que humildemente se extendía a nuestras plantas, aunque, sin duda alguna, no esperaba nada de nuestra clemencia... y ni falta le hacía.

Desde aquella altura dominábamos gran parte del montañoso país de Salerno. Los Apéninos levantaban a nuestros costados sus escarpadas faldas y sus robustos picachos, coronados por las nieves en donde la luz quebrándose iluminaba el cielo con violáceos destellos.

Allá abajo, veíamos salpicadas en las laderas, encantadoras aldehuelas cuyos caminos se revolían por las cuestas, desapareciendo de pronto para volver a nuestra vista mucho más arriba hasta perderse en las mesetas. Un riacho que bajaba presuroso desde la montaña, como quien va a sus asuntos, caía apresado en una esclusa donde los hombres le retenían para luego lanzarle con más furia contra las pesadas y toscas paletas de la rueda de un molino.

De allí, nujiendo y rabioso salía dispersas sus aguas, pero no tardaba en caer en otra celada y luego en otra y otra, y así exhausto y rendido arribaba al mar para dormirse en el regazo de las olas que mecían sus aguas con el cariño de una madre.

Y más abajo aún, en el valle, desprendíase a jirones un manto de brumas que ocultaba poco a poco los detalles.

A nuestro frente, donde el mar calla sus murmullos gozoso de aunarse con el cielo, (digo, me lo figuro) el sol, perdidos sus más brillantes rayos (que barbaridades científicas se dicen algunas veces), no era más que un inmenso farol chino. Ocultábase vergonzoso de su impotencia tras los sonrosados *extractus* que ya parecían charcos dorados, negros penachos, jirones de banderolas, ya cientos encajes ó amarillentas girnaldas... pero, dejemos para los de larga melena *eso* de la poesía.

El airecillo más que fresco, picante, como un ají de Lombardía, el entumecimiento causado por el frío, y el largo viaje, nos ha-

bían regalado un apetito que... ya mi tío comenzaba a echarles hambrientas miradas a un pedazo de costilla que roía el grueso mastín.

(Continuará.)

OTTO MIGUEL CIONE.

## UN AMOR

(NOVELA)

POR

VÍCTOR PÉREZ PETIT

«¿Me pregunta usted quién soy? Pues, lo agradecería a usted que me lo dijera.»  
SCHOPENHAUER.

### PRIMERA PARTE

DEL "DIARIO" DE GERVASIO VELARDE

(Continuación)

29 de Noviembre

Una escena riquísima. Un drama digno de servir de epígrafe a la historia de las sociedades modernas. Voy a referirle completo por cortar la monotonía de este diario de mi vida.

Salimos del teatro a las doce poco más o menos. Alguno de mis compañeros tuvo la magnífica idea de convidarnos a cenar. Éramos cuatro y charlando, charlando, nos dirigimos al Nine Pins.

La noche estaba templada. El cielo reventaba en estrellas, mientras la luna declinaba lentamente hacia Occidente, montando, en apariencia, por encima del pretil de la azotea de unas casas vecinas, sumergidas en la sombra. Las calles estaban ya de desiertas, y allá, enfrente, la Plaza Independencia se extendía solitaria bajo la luz mortecina de los mecheros del gas.

En el café, por el contrario, reinaba extraño bullicio. Animados grupos, bajo las luces, concurrían alegremente alrededor de las mesitas y de las luces. El calor allí dentro era sofocante. Mil ruidos rarísimos volaban por el inmenso salón: carcajadas sonoras mezclábanse a otras voces que llamaban a los mozos, mientras que el ruidillo cascado de las fichas, del dominó al revolverse sobre el mármol de las mesas, alternaban con los golpes secos de la bolas de marfil al chocar unas contra otras en la mesa de billar. Por momentos la algarada subía de punto y gritos atronadores, risas convulsivas y tacazos tremebundos sacudidos sobre el piso de madera festejaban una carambola ó un buen golpe ejecutado por pura chambonada.

Nosotros fuimos a sentarnos hacia el fondo, en un rinconcito y allí mandamos que se nos sirviera la cena. En la mesa, inmediata cuatro personas jugaban a los naipes sobre un tapicillo verde y contando con sumo cuidado los tantos ganados, que eran representados por cuantos porotos blancos. Alrededor de los jugadores otras tres personas hacían sus comentarios, reían y fumaban.

En tanto que se nos servía, trazaba yo a la ligera mi crónica teatral para el periódico. Mis

tres compañeros discutían sobre la belleza y virtud de las coristas. Al través de mi preocupación oía sus carcajadas y sus chistes.

—¿Y tú que piensas, Velarde?—me preguntó de pronto Pino.

—¿Yo? ¿A mí hablas?—contesté—Hombre, no sé de que se trata...

—Vaya! déjate de crónicas... Vamos a charlar...

—Un momento... me falta un poquillo para concluir.

Y continué escribiendo en volandas mis impresiones. Apuntaba rápidamente los pasajes culminantes, haciendo un poquito de incienso en torno a la cabeza de los artistas que habíanse hecho notar. El lápiz corría, siempre en líneas desiguales, trazando rasgos geroglíficos y a veces dejando un surco negro, con el tropezón dado allí donde un error ó una palabra mal aplicada había surgido. Como un rum-rum lejano siempre oía la voz pastosa de Pino. Por fin cerré la crónica y firmé con mi acostumbrado pseudónimo: Ariel.

—Conque...—dije volviéndome hacia mis amigos, mientras ordenaba las fojas escritas que estaban en desorden sobre la mesa—veamos de que se trata. ¿Decías, Pino?...

—¡Que te vayas al diablo!—me saltó mi amigo, malhumorado porque le interrumpiera en su nuevo relato ya que no le había atendido cuando él lo deseaba.

—Muchas gracias—le contesté—pero, ¿cómo quieres que me vaya donde el diablo, si estoy ahora a su lado?

Hizo un gesto avinagrado, como el de una persona a quien incomodamos y prosiguió en su cuento. De pronto, interrumpiéndose, como si se hubiera arrepentido de su brusca exclamación me dijo:

—Les decía a éstos que la Fiori es tan *vaca* como la más corrida, y que, si me propongo, hago su conquista en tres días...

Iba a darle mi opinión sobre la dama que le merecía tan brillante juicio, cuando en la mesa de los jugadores de naipes, inmediata a la nuestra, se alzó una reñida discusión. Las voces se alzaban rónicas, las miradas se cruzaban rápidas y el gesto y los ademanes de los dos que discutían indicaban bien patentemente, que la cosa no era en broma.

—Vd. a mí no me fuma, ¿sabe Vd.? Vd. ha colocado ahí debajo el tres de bastos para dársele en seguida...

—No sea Vd. zonzol ¿entiende? Yo no necesito hacer trampas por una miserable jugarrreta...

—Yo no soy zonzol; el zonzol es Vd!

Según supimos después eran los dos contendientes íntimos amigos hacía largos años y tenían por costumbre el jugar todas las noches de compañeros en contra con otros dos. Aquella noche habían arreglado el partido de otro modo, quedando así, por primera vez como contrarios. El perdedor debía pagar la cena para todos; y ante la perspectiva del dinero, olvidaban toda una amistad de largos años.

—Le digo a Vd. que es un tramposo!—decía uno de ellos, mocito de veinte y cuatro años, alto, moreno, de nariz ancha y ojos pequeñísimos, lo que le daba cierto aspecto de murciélago.

—Y ahora que es el caso debo decirle: muchas veces, siendo mi compañero en el juego, le he visto hacer trampas que me avergonzaban...

—Ese era Vd. ¡so títere! Si yo hubiera sido, Vd. me lo habría dicho antes... Yo me lo callaba por prudencia...

—¡Que prudencia va a tener Vd., hambriento! Mejor sería que antes de hablarme se acordara de que ese sombrero que lleva puesto se lo he dado yo...

—Miente como un bellaco! Vd. es el que me debe a mí cinco pesos!... ¿Qué se ha figurado, so bárbaro?

—Una gran...!; A mí no me insulta Vd. ¿sabe? Porque le rompo el alma!

—Yo se la voy a romper; hijo de yegua!

—¡Cabron!

—¡Canalla!

—¡Cállese ó...!

—Váyase Vd. a la...!

Parecía que iban a destrozarse. Sus ademanes eran descompuestos, sus labios estaban pálidos y temblorosos, los ojos inyectados de sangre se les salían de las órbitas. El más bajito, un tipo idéntico a un tiburón se había puesto en pie y alzaba el brazo sobre su contrincante, el murciélago.

Entonces los otros dos jugadores que hasta entonces habían guardado silencio y uno de los mirones, intervinieron. Trataban de arreglar la disputa, apaciguando a los dos amigos. Pero éstos que se habían contentado con injuriarse, al ver que otras personas querían detenerlos, se hicieron más ariscos, pugnando por irse a las manos. Parecían haber recobrado nuevos bríos y mayor valor. Ofrecíanse partirse en cuatro la cabeza, saltarse los sesos, abrirse *las tripas* y otras galanterías de este hermosísimo jaez.

Pino a mi lado se iba enardeciendo; aquello le daba náuseas. ¡Qué diablo! Si se tenían ganas, ¿por qué diablos no se despachaban de una vez? ¿A qué tantas baladronadas y perendengues? El conocía a aquel títere parecido a un tiburón y sabía que era incapaz de sacarle las tripas si quiera fuera a un pejerrey... Puras *compadradas*, en una palabra...

Este Eduardo Pino es un chico nervioso, exaltado, camorrista. A pesar de su roce social, conservaba resabios de su estado primitivo, de cuando allá, en Tacuarembó, intervenía en todas las pendencias y tomaba las ajenas como propias. Fornido, musculoso, semi-bárbaro, entrometido, no podía comprender ahora que aquellos dos mozalbetes se injuriaran al extremo que lo hacían sin haberse hecho trizas mutuamente. Eran, sin duda, dos mequetrefes que trataban de asustarse el uno al otro y llamar sobre sí la atención.

Ya no pudo resistir más y volviéndose en su silla hacia el lado de los jugadores, dijo con su voz pastosa a los que detenían a las fierecillas pendencieras:

—¡Qué diantre!—Déjenlos Vds. que se rompan el alma si así es su gusto!

Todos se volvieron y los dos reñidores callaron por un momento.

—Sí, señor—prosiguió Pino con burlona fiema—¿qué se les importa a Vds.? Si tienen ganas de zurrarse, que lo hagan a su gusto...

Entonces otro de los jugadores, el que estaba de espaldas a Pino, le replicó tranquilamente:

—Son amigos, hombre. ¿Cómo vamos a dejar nosotros que se *trenzen*?

—¿Que se *trenzen*?—saltó Pino iracundo—¡No hay cuidado! Perros que ladran no muerden...

El murciélago y el tiburón conocían la fama

de Eduardo. Juzgaron conveniente hacerse los sordos; y así es que se sentaron, mascullando incompresibles palabras.

—¿Es a mí a quien hablan?—dijo Pino al sentir el murmullo y buscando un pelillo para armar la gorda.

—No, señor; no es con Vd.—contestó el murciélago.

—Bueno, vamos; se acabó—propuso un pacífico espectador;—basta de zonceras entre amigos... Cuando se juega, se juega... O se es amigo ó no... ¿Es cierto?

Tras argumentos tan palmarios y premisas tan rotundamente lógicas, los dos belicosos contendientes parecieron reconocer su yerro y tornaron a su primitiva calma. Y entonces, mientras Pino vuelto hacia nosotros hecho una pólvora bramaba contra esos tipos que gritan y se insultan sin ser capaces de aplastar una mosca, yo, que estaba próximo al tiburón, le oí que murmuraba en voz baja, dirigiéndose a su enemigo el murciélago:

—¿Has visto qué tipo? No le dije nada por no ensuciarme hablando con él.

Afortunadamente Pino no le oyó; de lo contrario hay una San Bartolomé de pedantes.

Se nos sirvió la cena. Charlábamos otra vez de las coristas. Había una que le había gustado a Pino y esto pronto le hizo olvidarse de los jugadores. Volviéndose hacia mí, me preguntó si la citaba en mi crónica; y al conocer, por mi respuesta, que en las crónicas no se mencionaban individuos de los coros, sino que eso se hacía del coro en general, tronó contra la costumbre estúpida del periodismo que no sabe hablar más que de los personajes que todo el mundo conoce, en vez de ser el primero en indicar aquellos que son una promesa para el arte y que, por lo mismo que están casi en la penumbra, hay que señalarlos a la atención pública, darles a ellos mismos aliento y descubrir sus escondidas cualidades.

—¿Y qué es lo que tiene de particular tu corista?—le pregunté así que terminó su perorata.

—¿Que qué tiene? ¡Pues hombre! Tiene unos ojos lindísimos, y una boca, y una cara... ¡Cristo! qué cara! ¿Has visto tú otra igual en las tablas y en los salones *decentes* a que concurre? ¡Y me preguntas qué tiene! ¿No tienes ojos? ¿No has visto su cuerpo, y su pecho y sus andares?...

—Sí, hijo; he visto todo eso... pero, ¿y el arte?

—¿Qué arte, ni qué diablos coronados! El arte de una mujer es el tener linda cara y buenas pantorrillas.

Habíamos concluido de cenar hacia tiempo. Encendidos los cigarros, puestos los abrigos, nos levantamos para salir. Entonces Pino me hizo notar que los dos jugadores del bochincho reían con la mayor franqueza del mundo y se bromeaban amigablemente.

—Buenas noches, amigos—les dijo al salir.

Todos, incluso el murciélago y el tiburón, le contestaron amablemente a su saludo.

Me sonreí.....

30 de Noviembre.

Al salir esta tarde de la redacción la hubiera emprendido a mojicones con cualquiera. Había «ensillado un picato» de primer orden. ¿Pues no había tenido un señor cajista la habilidad de hacerme decir, en la crónica teatral, una de esas



barbaridades capaces de romper el eje de la tierra,—que es de fierro, según la opinión competentísima de la señora Clotilde, mi huésped y persona de muchas lecturas.—¿Y el corrector? ¿Para qué demonios se tienen correctores en las imprentas?

El caso es como sigue: en la crónica teatral á que he hecho referencia en mis apuntes de ayer, en este «diario», y que lo era sobre la ópera de Mascagni, yo había escrito: «Representóse anoche *Caballeria Rusticana*, la magistral partitura de Mascagni. Por parte de los actores, etc.» Pues bien, *El Pensamiento*, diario que tiene dos correctores, salió diciendo: «Representóse anoche *Caballeria Rusticana*, la masistral partitura *masca-da por los adores*. . . »

«No es esto para soltarse, inmediatamente un tiro, ó por mejor decir y obrar más cuerdatamente, soltárselo al cajista perro, al miserable corrector, al infame «regente» que á cada paso aparece con su cantinela—«falta original; ¿no hay original?»—entretanto que las originalidades y aún barbaridades brotan á pote bajo sus manos y contra el Director y el redactor y el administrador indecentes que leen impertérritos esas monstruosidades, contentándonos si acaso recurrimos en queja á ellos, con esta ó parecida frasecilla:—«No es nada, hombre; el criterio del público salvará el error.»

«Vive Dios! Si el criterio del público es como el del cajista que compuso la frase ó el del corrector que la pasó sin notarla, aviados andamos! Ya me han colgado de estos lujos muchísimos en la dichosa imprenta; pero este de hoy da cola y luz á todos los otros.

Mas no nos hagamos más negra la sangre. ¿No tendrá razón el Director al decir que el criterio del público suple los errores de imprenta? ¿Quién es el público? Un monstruo de numerosísimas cabezas y centenares de patas que anda á caza de noticias palpitantes, que se deleita con el escándalo y las zonceras de unos pocos y que piensa y siente aquello que piensan y sienten los que han sabido imponérsele.

¿Es ilustrado el público? No. El honorable público es ignorante, que dijo Larra. Los hombres que tienen ideas propias no son el público: éstos no siguen las corrientes generales, éstos no se dejan guiar por las pasiones que agitan toda la masa social, éstos no necesitan que el diario les indique el camino. Por sobre la opinión de la hoja volante, está su criterio personal. Y si acaso se atascan en los errores tipográficos, arrojan el diario con asco, sin acordarse del autor del suelto ó artículo descuartizado.

El otro ente social, el verdadero Público es, pues, el que lee los diarios: entre éstos, los menos son cuasi inteligentes y pueden poner en obra el dicho de mi director, pero los otros, los restantes, que son muchísimos, innumerables, los ignorantes, en fin, por lo mismo que lo son, no pasan ni perdonan los errores. . .

Nada, nada. No me consuela el raciocinio. Con su exposición únicamente me convengo de que él es un puro sofisma. Precisamente, esos bestias que leen los diarios son los que más rien los errores aparecidos en él. ¿No hay algunos que creen que el autor de un escrito es el que también hace, á mano, esas letras de molde, como se lo figura aquel tipo de la *La casa de baños*?

es un tipo falso, malo, roído por la envidia y que á pesar de tenderme la mano, no me puede arrastrar. El dice que no corrigió tal prueba; el regente asegura que se la colocó sobre su mesa de trabajo, y el caso es que la prueba no aparece. Un cajista me asegura que él corrigió «en el plomo», teniendo á la vista, como es natural, la susodicha prueba. ¿Cómo es que se ha perdido ésta? ¿Quién la ha hecho desaparecer?

No cabe duda: es una jugarreta del tal Morin. Este individuo me tiene inquina desde mucho tiempo atrás. Es íntimo amigo de los chicos de *El Clamor* que me tienen una tirria fenomenal. Todos ellos, sumados, multiplicados y elevados á la quinta potencia, no alcanzan al valor de un céntimo. Este Morin ya ha sido retratado algunas líneas más arriba; González es el nista del *Clamor* y escribe inteligencia con *j*, virtud sin *d*, halago sin *h*, alrededor con doble *r*, ostensible con *h* y con *v*, y así por el estilo. Urrieta, uno de los redactores del diario citado, es un pobre muchacho que se cree poeta y hace unos versos que, punto más punto menos, pueden ponerse al lado de los de aquel vate creado por Larra que empezaba una silva:

Y era tan fuerte el viento

Que se apagaban las hachas que con tanta devoción iban alumbrando al  
[Santísimo Sacramento.

Hay todavía en *El Clamor* dos tipos más que no me pueden ver tan sólo por hacerles coro á Urrieta y González. Uno de ellos, un tal Izquierdo, ni siquiera me conoce de vista, y sin embargo cuenta perrerías de mí. Yo no sé qué puedo haberles hecho á estos desgraciados para que me ofrenden con tales *carantoñas*. Ellos dicen que soy un desequilibrado, un loco, un pretencioso, un ignorante, un advenedizo. Perfectamente; estamos de acuerdo; pero ellos ¿qué son sino eso mismo que me dicen con aires de puritanos? ¿Son hijos de duques ó príncipes? Ya conocemos su historia! ¿Son inteligentes? En mi cartera de apuntes les tengo una cuenta corriente de plagios que les publicaré si me siguen cargando. ¿Son modestos, buenos, imparciales en sus juicios? Todos ellos tienen unas pretensiones desmedidas, se creen unos genios más grandes que Hugo y Shakespeare, se alaban los unos á los otros y, fuera de su circulito de *Bombo Mutuo*, ya no hay chico inteligente ni nada que merezca un aplauso. Son los infalibles, los inmortales, los sapientísimos. ¡Desdichado de aquel joven que, no doblegando la cerviz ante ellos, publica cualquier cosa! No se lo «dirán á las claras» ni le señalarán las faltas porque no son capaces ni de lo uno ni de lo otro, y no dan jamás su nombre; pero ¡no haya temor de que el aplauso merecido resuene en sus manos ó que la crítica rabiosa ruede á la sordina! ¡Eso sí! Allí, entre ellos, y en los circulitos, y entre sus relaciones, se destrozan nombres y escritos, y cuando esto no les parece suficiente, fácilmente se las componen para bajar á la honra privada. Todo lo manchan con la baba de sus bajas pasiones. . .

¿Cómo no he sentir asco por estos tipos bajos y abyectos? Me han quemado la sangre; me han revuelto la bilis. Yo los odio con todas las fuerzas de mi ser, y de buena gana les escupiría el rostro si no fuera por el temor de manchar mi saliva. . .

Dejemos estas miserias.

Id. (12 de la noche)

Siéntome profundamente desalentado. Ni un día de placer ni una hora de descanso ni un minuto de esperanza hay en mi vida. Sombras espesas y borrosas se extienden sobre su horizonte. El dolor ha sentado sus reales á mi lado y no me abandona. El porvenir, por su parte, se extiende ante mí tan negro y tétrico como el pasado y el presente.

¿Qué hacer? El cansancio empieza á dominarme. El hastío va en aumento. ¡Y tengo nada más que veintitún años! . . .

Cierro mis apuntes aquí por el temor que tengo de recordar las inmensas tristezas que llenan de luto mi corazón.

1.º de Diciembre.

Estoy que tiemblo, como un azogado. Acabo de releer todo lo que he escrito durante el mes de Noviembre y noto que todo ello no son más que variaciones sobre el mismo motivo, como quien dice, salvo una ó dos cuestiones sin mayor importancia. Siempre es la misma vida con los mismos hechos á idénticas horas ó iguales conclusiones. De todas esas páginas no brota otra luz, otra palabra, otro acento que el de un inenarrable cansancio de la vida y una eterna tristeza que parece ser el fruto de mi propia constitución. Ni un albor de esperanza ni una sonrisa ni un grato recuerdo ni una flor de amistad ó de pasión ni un suspiro que alivie el peso de mis dolores. Todo es sombrío, nebuloso, tétrico; todo entona el himno de mi inmensa desventura; todo lleva el sello de mi enfermedad moral. ¿Será que el mal es ya en mí incurable?

Casi, casi estoy resuelto á suspender aquí este diario de mi vida. ¿Para qué continuarlo? ¿No es siempre la misma sonata la que «ejecuto, desde hace cinco años? ¿Para qué este nuevo testigo de mis desventuras de cada día?

En vano he tratado de hacer el retrato de algunos amigos, pues él tan sólo ha servido, no para dar una idea del fotografiado sino para conocerle al través de mi temperamento. Lo único que he conseguido es poner de relieve, mi modo de pensar y de sentir; mi manera de juzgar á mis semejantes. He logrado tan sólo dar nuevos retoques á mi temperamento, cuyos perfles son todas y cada una de estas páginas.

Y en vano, también, ha incluido un paseo á la quinta de Verlara y una escena acaecida en el Nine Pins, pues esos dos cuadritos no muestran otra cosa sino mi modo de ser, mi manera de conducirme en sociedad, cómo juzgo las flaquezas y tonterías humanas. Otro retoque, como si dijéramos, al retrato mío que vengo haciendo en estas memorias.

De todo ello se deduce que soy un muchacho nervioso y casi histérico, con un tantico de instrucción y con todas las miserias y plagas de Job y Diógenes reunidas; que pertenezco á la redacción de *El Pensamiento*, donde recojo más disgustos que «vintenes» más dolores de cabeza que lauros, y que estoy influenciado en grado sumo por el *mal del siglo*, según han dado en llamarse al pesimismo.

Así, mi diario es siempre la misma cantinela: desgracias, pobreza, hastío, y vuelta á empezar. ¿Qué hacer? ¿Continuarlo? ¿Darle aquí por concluido?

Vuelvo á coger la pluma, que había arrojado con fastidio, para hacer algunos apuntes que hasta el día de hoy he considerado sin interés

algano, pero que ahora me preocupan bastante. El hecho se ha repetido cuatro días consecutivos, y recién ahora concibo toda su trascendencia.

Es el caso que desde el día 28 de Noviembre hasta la fecha, vengo encontrando á aquella señorita Marta Ferrara que conocí en casa de Enrique Verlara y de que ya he tenido oportunidad de hablar aquí mismo, días atrás. Esto, como se comprende no tiene nada de particular, pues es lo más común en estos días de verano encontrar á cuanta conocida tiene uno en la inclita ciudad de San Felipe y Santiago paseando por las calles 25 de Mayo, Sarandí y 18 de Julio; lo que tiene á mucho de particular, y digno de ser anotado, es el «dragonco de ojito» que hemos empezado.

(Continuará.)

## Apuntes de Derecho Constitucional

### LIBERTAD PERSONAL

(Continuación)

Estos juicios militares, idénticos á los juicios por comisión de que acabamos de hablar, son el más poderoso y detestable instrumento de opresión, por la manera arbitraria é inconstitucional con que á su formación se procede, y debieron prohibirse por las mismas razones que aquéllos, esto es, por la parcialidad observada y los abusos cometidos por los jueces *ad hoc* que de ellos conocían. Bajo cualquier forma que se presenten y desde cualquier punto de vista que se consideren, son instituciones sangüinarias cuyos actos no se diferencian de los de los criminales sino por las formalidades de que los rodean y la impunidad de los que los constituyen. Los poderes eclesiásticos juzgaban también en nuestro país de los delitos cometidos por los hombres del clero, eliminando la acción de la justicia civil.

A fin de señalar los límites en que ambas instituciones, el militarismo y la iglesia, debían actuar, de la esfera dentro de la cual podían moverse, el Gobierno nacional, con fecha 6 de marzo de 1838, dictó una ley declarando abolido en las causas civiles y criminales el fuero personal, sujeto á la jurisdicción eclesiástica el conocimiento de las causas que pudiesen afectar al clero, á la jurisdicción militar la averiguación y castigo de los delitos que sólo fuesen tales cometidos por un militar, dentro ó fuera de los cuarteles, en marcha, en campaña ó en actos del servicio, y obli-gando á los jueces de los individuos que por esta ley quedaban sin fuero á dar aviso inmediatamente al jefe respectivo del reo.

IX

SUMARIO: OTRAS CONDICIONES DEL ENJUICIAMIENTO CRIMINAL—ABOLICIÓN DE LAS PESQUISAS SECRETAS—ARTÍCULO 225 DE LA CONSTITU-

CIÓN—¿LA ACCIÓN POPULAR ESTÁ ABOLIDA POR ESTE ARTÍCULO?—INSTITUCIÓN DEL MINISTERIO FISCAL—POR QUÉ UN PUEBLO COMO LA INGLATERRA PUEDE PASAR SIN ÉLLA Y NO LOS PUEBLOS NUEVOS Y DESPOBLADOS DE LA AMÉRICA—GARANTÍAS DE LA PUBLICIDAD DEL JUICIO PENAL—ASISTENCIA DEL DEFENSOR DEL REO EN LA FORMACIÓN DEL SUMARIO—PROCEDER INCONSTITUCIONAL DE NUESTROS MAGISTRADOS EN ESTA MATERIA.

Otra de las condiciones del enjuiciamiento criminal prescriptas por la Constitución de la República es la del artículo 115: «Todo juicio criminal empezará por acusación de parte ó del acusador público, quedando abolidas las pesquisas secretas.»

Al examinar si, según los preceptos constitucionales, la detención es difícil entre nosotros, y en los párrafos dedicados al contenido de esta cuestión, ya hemos habido algo del artículo 114, que dice: «En cualquiera de los casos del artículo anterior, el juez, bajo la más seria responsabilidad, tomará al arrestado su declaración dentro de veinticuatro horas, y dentro de cuarenta y ocho, lo más, empezará el sumario e caminando á los testigos á presencia del acusado, y de su defensor, quien asistirá igualmente á la declaración y confesión de su protegido.»

Procedamos al análisis de estos artículos. El juriconsulto holandés Meyer distingue dos clases de procedimientos penales: enjuiciamiento *inquisitorial* y enjuiciamiento *acusatorio*.

«El antiguo procedimiento germánico, dice este autor, tanto en materia civil como en criminal, era de la mayor publicidad. Los alegatos estaban abiertos á todos los ciudadanos; que tenían no solamente el derecho de asistir á ellos, sino que concurrían como jueces al examen del acusador, del acusado y de los testigos. Los juramentos de estos últimos en favor del acusado, las diferentes pruebas que suplían la acusación ó la defensa, eran públicos por su naturaleza. A cualquiera le era permitido asistir á ellos; lo que es más, cada vasallo presente daba su opinión. El examen se hacía en presencia de todo el tribunal, y aquellos que no eran excluidos como profanos, tenían el derecho de concurrir al juicio de la causa, en la instrucción de la cual habían estado presentes.» (1) Este procedimiento, que es llamado acusatorio por dicho autor, se observa en Inglaterra, Estados Unidos y otros países de instituciones libres.

Consiste el enjuiciamiento inquisitorial, cuyo nombre toma por el fin que se propone y el tribunal al que es debida la invención, y que ha penetrado íntimamente las instituciones del continente europeo, particularmente las alemanas, en la instrucción de un extenso juicio sumario previo al plenario, que comienza cuando ha sido terminado aquél; y como tal es opuesto al procedimiento por acusación. Semejante sistema de juicios penales es negatorio de la libertad individual, porque manteniendo distanciados de ellos al reo y á su defensor, hace que el juez forme opinión antes de ha-

ber oído al acusado, quien casi nunca puede destruir con las pruebas que suministra las conclusiones que resultan del vastísimo sumario instruido en su ausencia.

El procedimiento secreto, producto de la intolerancia y del fanatismo, como dice Meyer, fué desconocido de los antiguos pueblos; no ha podido penetrar hasta hoy en algunos países de Europa en que el ciudadano goza de libertad individual, y desaparecerá á medida que los pueblos adquieran la soberanía que se les ha arrebatado. Es falso de toda falsedad y contrario á las prerrogativas más caras del ciudadano. Y si semejante institución, dice Meyer, tuviese alguna utilidad, desaparecería ante esta sola consideración: que la libertad individual, la ventaja más preciada de la sociedad, no permite estas formalidades, estos actos de vigilancia y de supremacía. Las leyes existen en beneficio de la sociedad y de los miembros que la componen; no éstos en beneficio de aquélla. Nuestra Constitución no autoriza la aplicación de este sistema penal, que á pesar de ello se ha practicado. En el artículo 114 que hemos copiado dice: *el sumario empezará examinando el juez á los testigos á presencia del acusado y de su defensor, quien asistirá igualmente á la declaración y confesión de su protegido.*

La publicidad es la más preciosa, la más eficaz de las garantías que la justicia puede otorgar, y debe extenderse á toda especie de juicios. Sin embargo, en algunos pleitos de familia, en causas de estupro, incesto, violación y otras semejantes, conviene limitar la publicidad, que, al decir de Lastarria, «debe considerarse como el alma de la justicia.» (2)

Consecuencia inmediata y lógica del absurdo régimen de las pesquisas secretas es la delación, medio inmoral y corruptor á que han recurrido siempre los tiranos. La abolición de las pesquisas secretas no implica ni con mucho la anulación de la acción popular, como lo demuestra palpablemente Inglaterra, en donde este procedimiento todo lo absorbe.

Al comentar estos artículos, debemos resolver dos cuestiones íntimamente enlazadas con el 115, que son: 1.º Si es constitucional el artículo 189 del Código de Instrucción Criminal, que prescribe que «al ministerio público, desempeñado por el Fiscal del Crimen ó Agentes Fiscales, corresponde promover las acciones emanadas de los delitos indicados en el artículo 3.º, interviniendo en la sustanciación de los juicios como parte jurídica por la sociedad que representa;» y 2.º si la Constitución autoriza á cualquier individuo de la sociedad á entablar juicios penales, vale decir, si ella permite la acción popular.

1.º En cuanto al primer punto, opinamos que es inconstitucional dicha disposición, que niega á los ofendidos el derecho de iniciar por sí mismos un juicio en los casos de que trata. Se ha dicho que «la sociedad delega, en su representante el ministerio público, el ejercicio de todas las acciones que le corresponden contra los que agreden sus derechos,» y que «no po-

(1) *Esprit, origine et progrès des institutions judiciaires* 3.

(2) *Elementos de derecho público constitucional*.



da ser de otro modo, desde que la sociedad es un ente moral que no puede obrar por sí mismo y desde que esas acciones no pueden ser ejercidas por los individuos damnificados, que sólo tienen un rol secundario en el proceso criminal, el de parte civil que persigue la reparación del daño sufrido. (1) Nosotros no somos de ese parecer, porque al establecer la Constitución que «todo juicio criminal empezará por acusación de parte ó del acusador público,» nos parece evidente que ha querido dar, en primer lugar, derecho á los ofendidos á la iniciación del proceso, y en segundo, á la sociedad, afectada indirectamente; pues ha tenido en cuenta que el primero tomará con más empeño la defensa de sus derechos agredidos y de sus intereses todos, que lo que lo haría la última. El objeto, pues, de este artículo de la Constitución ha sido, no eliminar como acusadores á los agraviados, no tampoco conceder á la acción privada un derecho coadyuvante de la acción pública, sino dar al ministerio público una acción supletoria para el caso en que aquéllos no hicieran uso de su legítimo derecho.

La exclusión de la parte agraviada en esta especie de juicios es, no sólo inconstitucional, sino también un abierto ataque al interés particular de los damnificados por el delito y un hecho grave que ha producido continuamente perjuicios serios. Demasiado sabemos que hay crímenes que, por su especial naturaleza y las circunstancias que los rodean, son, más que un ataque contra el individuo, un atentado á la conservación, al orden y á la seguridad sociales; no ignoramos tampoco los abusos á que pueden dar lugar, en la práctica de la acusación privada, intereses mal sanos y mezquinos y pasiones criminales y violentas. Pero no debemos olvidar que hay un derecho individual ofendido directamente que es necesario salvaguardar y defender; que la mejor manera de lograr esto último es dar al damnificado un rol principal, estableciendo la institución del ministerio público en los casos en que la intervención de la parte civil no tenga lugar ó se ejercite de una manera indebida; que los abusos que ésta pueda producir y que ya Montesquieu había hecho notar, es factible evitar por medio de una reglamentación seria y severa; que el ministerio público entre nosotros, opuestamente á lo que acontece en Francia, donde los funcionarios encargados de entablar la acción pública son de todo en todo independientes del Poder Judicial, hace las veces de juez y parte, desde que pertenecen al mismo poder el magistrado que acusa y el magistrado que falla; que implantar el sistema del Código de Instrucción es dar un poder peligroso á éstos, y finalmente, y como si fuera poco todo lo dicho, que da margen á tropelías y arbitrariedades de todo género, y que es injusto en alto grado, porque es cometer una irritante injusticia incapacitar al damnificado, cuando el ministerio público sobresee en la causa, de entablar su acción por separado, en razón de la senten-

cia posiblemente injusta que absuelve al criminal.

(Continuará).

CARLOS MARTÍNEZ VIGIL.

## SUETOS

Con motivo de la publicación de una *Nota bibliográfica* aparecida en el número 10 de esta publicación, sobre la última obra del escritor pesimista Edmond Thiaudhière, el Doctor Dn. Joaquín Requena ha tenido á bien dirigirnos la atenta esquila que sigue:

Montevideo, Julio 29 de 1855.

Sres. Redactores de la REVISTA NACIONAL:

Al publicar en el número de 25 de Julio los pensamientos de Edmundo Thiaudhière, dicen Vds. que lo hacen contando de antemano con el beneplácito de sus lectores. Soy uno de ellos como suscriptor del periódico, y mi silencio me mostraría incorporado á los que estén de acuerdo con ustedes. Lejos de eso, opino que aquella publicación debía considerarse excluida; desde que el programa de la REVISTA cierra sus columnas á *todas las querellas religiosas*, y algunos de los pensamientos publicados, «de los más profundamente intencionados», son manifestaciones de la discordia *del escéptico pensador*.

Saludo á Vds. atentamente.

JOAQUÍN REQUENA.

El ilustrado jurisconsulto, tan experto en las sutilidades escolásticas de los distingos jurídicos, ha olvidado al hacer su protesta de creyente la disposición expresa de nuestro Código Civil que afirma que, «cuando el sentido de la ley es claro, no se desatenderá su tenor literal, á pretexto de consultar su espíritu.»

Y ni en el espíritu ni en la letra de las consideraciones que se hicieron sobre *La soif du juste*, puede basarse el Dr. Requena para dar cimiento á su protesta.

Efectivamente, he aquí la reproducción de nuestras frases:

«Complemento de esas tres obras, unificadas por una filosofía «desnuda de toda fe y esperanza, pero desbordante de caridad», según el mismo autor la define, es *La Soif du Juste*, de cuyas «notas» queremos traducir algunas de las más profundamente intencionadas y que más clara idea pueden dar de la índole del libro, contando de antemano con el beneplácito de nuestros lectores al enajenar, para esas transcripciones, un pequeño espacio de estas páginas consagradas al reflejo de la actividad literaria nacional.»

Como se constata en el párrafo precedente, contábamos con el beneplácito de los lectores no por las ideas que informan las producciones del pensador escéptico, sino por insertar en las columnas de la REVISTA trabajos ya publicados, lo que está en pugna con las declaraciones contenidas en su artículo—programa.

Suponemos que esta explicación satisfaga ampliamente el sentimiento religioso del Dr. Requena, herido por una errónea interpretación.

Acusamos recibo de la «Memoria» presentada al Ateneo de Montevideo por su tercera Junta Directiva, dando cuenta de los trabajos por ella realizados en el período que comprende desde el 11 de Junio del año ppdo. hasta el 31 de Marzo del corriente.

La prosperidad y adelanto del Ateneo es un objetivo de interés nacional al que no puede permanecer indiferente quien anhele por la actividad de nuestros mejores elementos de cultura que aquella benemérita asociación ha concentrado y personificado en períodos inolvidables de su historia, destinados sin duda á reproducirse en un cercano porvenir.

Á tal objeto han tendido los meritorios esfuerzos de la Comisión que exhibe en la Memoria á que aludimos la labor que ha llevado á realización.

El número de socios del Ateneo sólo alcanzaba á 205 en la fecha en que ella entró en posesión de sus cargos, siendo hoy, próximamente, de 500.

La construcción del edificio social se ha proseguido activamente. Hanse verificado importantes iniciativas de organización interna tales como la constitución de las secciones en que se particularizan los diversos objetos de la actividad de la institución, fundándose la denominada «Pro-patria» cuyo fin será el de estudiar, por medio de comisiones ya designadas y de las que forman parte los más conspicuos miembros del «Ateneo», todas aquellas cuestiones de alto interés público que se susciten en la vida activa del país.

La REVISTA NACIONAL formula los más sinceros votos por que continúe y se acreciente el impulso de nueva vida comunicado á una institución cuya historia constituye, sin duda, la página más brillante y activa en los anales de nuestra cultura intelectual.

De la Cámara de Comercio Francesa hemos recibido un opúsculo que contiene la Memoria presentada por la Comisión Directiva de esa floreciente sociedad acerca de la marcha seguida por la misma en el último período reglamentario.

Agradecemos el envío y nos felicitamos de la prosperidad que ese documento manifiesta en la vida de tan útil y meritoria asociación.

El Sr. Delfino Urquía ha obsequiado á la redacción de la REVISTA NACIONAL con un ejemplar de la novela de costumbres que con el título de «Hundimiento» acaba de dar á la publicidad por el establecimiento tipográfico editorial del Sr. Becchi, La REVISTA tomará en breve en consideración el ensayo del Sr. Urquía, á quien agradece desde luego el obsequio de su obra sobre cuyo mérito abriga las más lisonjeras esperanzas.

Tipo-Lito ORIENTAL, C. Treinta y Tres N.º 112, Montevideo

(1) El ministerio público, por el doctor don Marcelino Izcua Barbat. *Revista de la Sociedad Universitaria*, tomo 3.º